



San Manuel Bueno, mártir.

Unamuno



San Manuel Bueno, mártir, obra maestra de Miguel de Unamuno, es considerada como su testamento espiritual. La novela muestra un espacio no descriptivo en el que se asientan los símbolos clave de la dialéctica entre fe y duda: el lago, la montaña, la nieve, la villa sumergida, etc. San Manuel asume esta lucha y se convierte en mártir en tanto toma sobre sí la duda y la sufre por toda la comunidad que, sumida en el engaño, avanza cohesionada por esa supuesta verdad no cuestionada.

La fuerza del conflicto central (encarnación de lo que en el siglo XX se llamaría la *duda existencial*, el *silencio de Dios* o la *pérdida de la fe*) favorece la vigencia del libro, donde aparece también una amorosa, y muy actual, atención al paisaje, dispuesto todo ello con gran sencillez compositiva, lo que facilita la lectura y justifica su presencia en cualquier colección.



eBooks con estilo

Miguel de Unamuno

San Manuel Bueno, mártir

Nivola

ePUB v2.1

jcastro94 24.02.13

más libros en epubgratis.me

Título original: *San Manuel Bueno, mártir*

Miguel de Unamuno, 1931.

Diseño/retoque portada: jcastro94

Editor original: jcastro94 (v1.0 a v2.1)

Corrección de erratas: No

ePub base v2.0

Si sólo en esta vida esperamos en Cristo,
somos los más miserables de los hombres todos.

San Pablo, I Corintios XV, 19

Introducción de Antonio Barrios Ruiz:
Miguel de Unamuno, una ontología por descubrir

Estudio analítico de la obra unamuniana *San Manuel Bueno, mártir*

El autor



En Bilbao, a 29 septiembre de 1864, nace Miguel de Unamuno, nieto e hijo de comerciantes vascos. Y a la edad de once años, comienza sus estudios de bachillerato en el Instituto Vizcaíno, donde conoce al insigne filósofo español Jaime Balmes, muerto en Vich en 1848.

La lectura de Balmes hubo de dejarle un profundo resquemor existencialista; pero, sobre todo, hizo que Unamuno hubiera de sentir la gran determinación de cursar estudios de Filosofía y Letras. En efecto, en el

año 1880, después de saborear su primer triunfo como articulista en El Noticiero de Bilbao, Unamuno se traslada a Madrid con tal objetivo pendiente.

A los veinte años, en 1884, conoce a Concha Lizárraga, con la que no se casará hasta que obtenga la cátedra de Griego en la Universidad de Salamanca, y a los treinta años, en 1894, se afilia al Partido Socialista, fundado por Pablo Iglesias el 2 de mayo de 1879, aunque no obtendría ningún escaño hasta 1910.

La política significa para Unamuno un nuevo compromiso para su vida. Una vida que comienza a ver contradictoria, pues escribe en 1895 el ensayo *En torno al casticismo*, donde aparece el concepto de intrahistoria y en el que aboga por la necesaria europeización de España.

Dos años después, sin embargo, Unamuno surge una profunda crisis espiritual, que marcará su trayectoria ideológica, y que algo de todo lo exteriorizará en su primera novela *Paz en la guerra*.

El último año del siglo, Unamuno es nombrado rector de la Universidad de Salamanca, y escribe su novela *Amor y pedagogía*, y el año 1905 publica *Vida de Don Quijote y Sancho y Soledad*, siendo en el primero de estos ensayos donde propugne la españolización de Europa.

Sus inquietudes son transmitidas a la poesía, y se da a conocer como poeta. Sin embargo, su género donde hace raya (no sólo él, sino su generación) es el ensayo, y así, en 1913, Unamuno edita *Del sentimiento trágico de la vida*, uno de los ensayos capitales de Unamuno, pero también de su generación.

A consecuencia de las diversas fricciones que mantiene con el gobierno Dato, es cesado de su cargo de rector de la Universidad de Salamanca, en 1914. Durante la I Guerra Mundial, España se divide en partidarios de los alemanes y de los aliados; Unamuno se inclina por los aliados, y participa en varias campañas a favor de éstos.

En 1920, Unamuno es procesado y condenado por haber escrito un artículo injurioso contra la monarquía de Alfonso XIII. Las luchas

campesinas son un hecho. Según Díaz del Moral (1985), «las sociedades se clasificaban de un modo tripartito: sindicalistas, socialistas e indefinidas». Por ello, cuando la monarquía cae, Unamuno manifiesta su clara oposición a la dictadura de Primo de Rivera, que le costará ser deportado en Febrero de 1924 a la isla de Fuerteventura, como en la Atenas clásica, y que, gracias a sus amistades francesas, consigue evadirse en julio de la isla y fijar su residencia en París.

En 1930, al caer la dictadura de Rivera, regresa a España, donde es recibido de forma apoteósica; pero España, después de la dictadura, no es aquella de antes de la dictadura; es, por decirlo con un título de opositor ideólogo, la España de la rebelión de las masas, una época difícil.

A Unamuno le ofrecen la Cátedra de Historia de la lengua española, no como un regalo sin méritos, pues ello lo atestigua su siguiente novela: *San Manuel Bueno, mártir*, y que, según un *Prólogo* de 1932 del mismo Unamuno, «ya Gregorio Marañón el 3 diciembre 1931 aseguraba que habría de ser una de sus obras más leídas y gustadas en adelante como una de las más características de su producción toda novelesca».

Proclamada la II República, Unamuno es nombrado de nuevo rector de la Universidad de Salamanca, y en 1934, muere su esposa, así como se jubila. Al estallar la guerra civil española, Unamuno, enfrentado a los republicanos, es destituido de su dignidad de rector vitalicio. La Junta de Defensa Nacional instalada en Burgos le restituye en su cargo al cabo de poco, pero es nuevamente cesado tras enfrentarse al general Millán Astral, fundador de la Legión española. Y a partir de entonces, y quizás por este nimio suceso, Unamuno entró en la lista de los escritores malditos en España...

La época

Vive Unamuno durante una etapa inestable de la historia de España; una etapa trascendental y trágica, pero muy significativa para comprender los dos últimos siglos. Una etapa que va desde la caída de Isabel II hasta el comienzo de la Era de Franco...

El periodo revolucionario

La Constitución moderada de 1845, realizada por los moderados dirigidos por Narváez, aunque admitía dos cámaras, reconocía a la Monarquía amplias atribuciones. Sin embargo, este liberalismo doctrinario, que, en verdad, imperaba en Europa, molestaba a los liberales progresistas. Por eso, España, ante la oleada revolucionaria de 1868, no podía permanecer impávida, y la escuadra fondeada en Cádiz se sublevó al grito de «Abajo Isabel II» y la constitución de 1845 quedó derogada.

Los vencedores formaron un Gobierno provisional, presidido por el general Serrano, y se elaboró una nueva Constitución, que conservaba la forma monárquica, pero excluía a la dinastía borbónica. El progresismo de esta Constitución de 1869 disgustó a los católicos. Pero no fue fácil hallar un nuevo rey. Al fin fue proclamado Rey Amadeo de Saboya, hijo segundo del Rey de Italia, pero «las dos Españas» le partieron el corazón, y, descorazonado, renunció al trono.

Con esta abdicación, llegó la I República, que tuvo un año de vida y cuatro presidentes del Poder Ejecutivo. En verdad, había pocos hombres republicanos auténticos. Sin embargo, frente a unos republicanos minoritarios y divididos, había fuerzas muy potentes al Carlismo, apoyado por la Iglesia Católica. Pero Carlos VII no pudo conseguir que el viejo caudillo Cabrera se pusiera al frente de sus tropas. Y las capas sociales y buena parte del ejército seguían fieles a la dinastía borbónica, contra los carlistas.

La Restauración

Contra el parecer de Cánovas, de ir a la Restauración monárquica por la vía legal, el general Martínez Campos proclamó rey en Sagunto a Alfonso XII, acto que fue secundado por las demás guarniciones (diciembre de 1874). Su madre, Isabel II, ya había abdicado sus derechos dinásticos en su hijo Alfonso.

Se terminó con las luchas carlistas. Y en 1876 se impuso la Constitución de más larga duración, pues estaría en vigor hasta 1923, a pesar de que no satisfizo plenamente a ninguno de los dos sectores políticos.

Comenzó, pues, un turno de partidos (conservadores y liberales) que aseguraba una cierta estabilidad socio-política, que no se alteró ni siquiera cuando, en noviembre de 1885, murió el rey. Sólo la agitación de las colonias alteraría el rutinario quehacer de las Cortes. No obstante, tras morir el Rey, la paz en España también muere.

Cánovas quería gastar hasta el último hombre y la última peseta en defender Cuba, y es asesinado por un anarquista en 1897. La situación exterior se agravó cuando un barco americano apareció en La Habana y voló por los aires, y el presidente McKinley declaró la guerra a España.

Finalmente, ese mismo año, con la paz de París, se perdería Cuba y Puerto Rico, y se vendería Filipina mediante el irrisorio precio de 20 millones de dólares. Es, pues, el desastre del 98.

La monarquía de Alfonso XIII

Tras cumplir sus dieciocho años, el nuevo rey, Alfonso XIII, fue coronado el año 1902. Su madre, María Cristina de Habsburgo, había estado en tanto de regente. El país estaba en graves condiciones de gobernabilidad. Los canovistas se declaraban contrarios al sufragio universal; pero los liberales, por motivos ideológicos, consiguieron el voto universal, que falsearon por medio del caciquismo, que extendía su red por todo el territorio nacional. Ello produjo el divorcio entre el país legal y el país real.

Amplios sectores de opinión empezaron a organizarse al margen de los partidarios de turno; pero estos grupos, muy opuestos entre sí, eran incapaces de unirse contra el Gobierno. Sin embargo, la desintegración de los partidos políticos de la restauración va siendo un hecho, por cuestiones ideológicas en el interior y exterior.

La panacea vino tras encontrarse nuevos líderes. Canalejas, para el partido liberal, y Maura para el partido conservador. Con motivo de una movilización parcial para enviar refuerzos a África estalló en 1909 una revuelta en Barcelona de carácter anarquista, dirigida contra la Iglesia; multitud de iglesias y conventos ardieron y hubo bastantes bajas en choques con la fuerza pública. Un consejo de guerra condenó a muerte como instigador de los hechos a Fco. Ferrer. Estos hechos, sin embargo, tuvieron gran repercusión dentro y fuera de España. ¿Por qué? Quizás porque España tenía una excelente masa de intelectuales...

La guerra europea (1914-1918) tuvo repercusiones profundas para España, aunque guardara la neutralidad. La población se dividió

ideológicamente en partidarios de los alemanes y de los aliados, y socialmente, en burgueses y obreros. El descontento obrero se exteriorizó en las huelgas revolucionarias de 1917, dirigidas por el PSOE, en Madrid.

Ante la gravedad de la situación y el descrédito de los partidarios, el rey formó un gobierno de Unión Nacional presidido por Maura que duró poco y no resolvió nada. Pero más ferocidad hubo al fin de la guerra europea, pues agravó la crisis económica y social. Los atentados anarquistas se multiplican, y estalla el pistoleroismo entre obreros y patronos. A este panorama, se suman los sucesos de Marruecos.

La dictadura de primo de Rivera

Ante el descontento general, el capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, proclamó la dictadura militar. El gobierno liberal en el poder no tenía medios de resistencia y el rey, consciente del descrédito de los partidos políticos, tampoco opuso resistencia. La paz interior se obtuvo inmediatamente y sin derramamiento de sangre; pero la dictadura, concebida en un principio como un régimen transitorio, se convirtió en un régimen que quería ser permanente; en este cambio de actitud influyó el ejemplo de Italia, donde poco antes se había proclamado el régimen fascista.

El primitivo directorio militar se transformó, mediante la inclusión de hombres civiles, técnicos notables sin significación política hasta entonces, porque el dictador no estaba dispuesto a admitir la colaboración de los viejos partidos políticos; sin embargo, sí se la pidió a los socialistas, y nombró consejero de Estado a Largo Caballero.

Se instituyeron comités mixtos de empresarios y obreros; se reactivaron los negocios, pues se invirtió bastante capital extranjero y se emprendió un gran plan de obras públicas: obras de riego, mejora de

carreteras y construcción de nuevos ferrocarriles. Para hacer frente a la demanda de carburantes, que exigía la motorización, se creó la CAMPSA.

A pesar de estos éxitos materiales las deficiencias estructurales no habían sido corregidas, y en el aspecto político el fracaso de la dictadura era evidente. Las deliberaciones de una asamblea nacional que debía elaborar una nueva constitución no produjeron fruto. La Unión Patriótica, que debía apoyar al gobierno, carecía de popularidad. Los intelectuales estaban molestos por la censura, por la persecución a escritores desconocidos, y en 1928 comenzaron los alborotos en las Universidades. Primo de Rivera, a petición del rey, abandonó el poder y marchó París, donde murió.

El intento de Alfonso XIII de volver al régimen anterior fracasó: la mayoría de los antiguos políticos se negaron a colaborar. Los efectos de la gran crisis mundial empezaban a llegar a España; los extranjeros retiraron sus capitales; la peseta se devaluó y el paro creció. La campaña antimonárquica de los republicanos, unidos circunstancialmente a los partidos obreros y a los autonomistas catalanes y vascos aumentaba, a la par que se deterioraba la situación económica y bajó la cotización de la peseta.

En este clima de tensión se celebraron elecciones municipales el 12 abril de 1931. Aunque en el conjunto del país triunfaron las candidaturas monárquicas, en casi todas las capitales de provincia y ciudades importantes —donde el voto era más auténtico y menos influido por el caciquismo— resultó victoriosa la conjunción republicano/socialista. El propio rey comprendió que ello era una desautorización de la monarquía y abandonó España. La II República se proclamó simultáneamente en Madrid y Barcelona el 14 de abril de 1931.

La República

La II República tuvo una existencia más larga pero no menos agitada que la primera, y cómo aquélla se vio atacada por los monárquicos y, con más fuerza aún, por sus propios seguidores impacientes de extrema izquierda. En la euforia del triunfo creyeron contar con una base firme cuando el país estaba profundamente dividido.

El primer gobierno fue una mezcla de republicanos históricos (Lerroux, Azaña...) con socialistas como Prieto y Largo Caballero, más dos exministros monárquicos que debían servir de garantía a las derechas: Alcalá Zamora y Miguel Maura, Presidente de la República y ministro de Gobernación...

Se redactó una constitución, que tenía como principales novedades, además de la forma republicana, la institución del sufragio universal femenino, la Cámara única, la posibilidad de instaurar un régimen federativo y la separación de la Iglesia-Estado. Un proyecto de reforma agraria tropezó con graves retrasos.

Las elecciones de noviembre de 1933 mostraron cuán profundo era el descontento. Los anarquistas se abstuvieron, y esto facilitó el triunfo de los partidos de derecha. Los sectores más izquierdistas no admitieron su derrota en las urnas; planearon una revolución que fue muy sangrienta en Asturias. Convocadas nuevas elecciones generales en febrero de 1936 dieron la victoria por estrecho margen al Frente Popular formado por socialistas y republicanos; esta vez votaron los anarquistas. Fue destituido Alcalá Zamora y sustituido por Azaña. Pero un clima precursor de la guerra civil reinaba...

La Guerra Civil

Jefes del Ejército, falangistas, monárquicos, miembros de diversos partidos de derecha y también muchos republicanos que veían con gran

preocupación el deslizamiento de la República hacia posiciones de extrema izquierda participaron en un alzamiento que se inició en las guarniciones del norte de Marruecos el 17 de Julio de 1936 y se extendió en los siguientes días a muchas capitales de la Península.

En noviembre de 1936, la marcha de las columnas que participaron de Sevilla, reforzadas con unidades marroquíes, que levantaron del asedio a los defensores del Alcázar de Toledo, no pudieron conquistar Madrid por insuficiencia de efectivos. Esto indicó que la guerra iba a ser larga. En efecto, hasta la primavera de 1938, una poderosa ofensiva que, partiendo de Aragón cortó en dos el territorio republicano, aislando Cataluña, los dos Ejércitos estuvieron muy nivelados. Y en los primeros meses de 1939 un avance rapidísimo conquistó Barcelona, Tarragona y Gerona. El 1 de abril la lucha había terminado en todo el territorio nacional. La República había muerto.

Ámbito literario

La Generación del 98

Para estudiar un grupo de intelectuales de ciertas épocas, existe la estúpida manía (que ya viene de Teofrasto y su maestro) de clasificar y agrupar bajo un rótulo. Tal fue el caso de Azorín que, en 1913, acuñó definitivamente el tópico generación del 98; pero Azorín incluyó a escritores dispares como Unamuno, Rubén Darío, Baroja y Valle Inclán, Maeztu y Benavente.

La idea fue acertada, pero el intento de clasificación no. Porque el concepto de generación literaria ha de ser más rebuscado, complejo; no es suficiente que unos escritores sean coetáneos para que formen un grupo coherente en ideas y estética. Son, pues, prescindibles otros requisitos, como, por ejemplo, los que estableció el crítico alemán Julius Petersen, de entre los cuales destacan:

- Primero: Formación intelectual semejante.
- Segundo: Algún tipo de contacto entre ellos.
- Tercero: un acontecimiento generacional que aúne sus voluntades.
- Cuarto: Rasgos comunes en el estilo, por los que se oponen a la estética de la generación anterior.

En un primer momento tales requisitos generacionales los observamos en Azorín, Baroja y Maeztu, los cuales entraron en contacto con Unamuno. Este les prometió apoyo, pues por entonces tenía un gran prestigio como luchador político y como agitador de las conciencias. Hoy, sin embargo, Unamuno se erige en «guía» de la generación del 98. En verdad, ya sus mismos amigos: Azorín, Maeztu y Baroja, y más tarde el epígono e hijo pródigo de la generación, Antonio Machado, lo consideraban un maestro. En cambio, no cuentan ni Rubén Darío (que se le considera un modernista) ni J. Benavente a partir de su segundo período creativo. Se incorporan, no obstante, Ganivet, Ortega y Gasset, Menéndez Pidal...

Renovación estética. Influencias y estilo

El bagaje de literatura española con que cuenta esta generación no es pequeño: son siete siglos. Desde la consideración a Larra como un lejano predecesor, pasando por su devoción por nuestros clásicos (Cervantes, sobre todo, pues renovaron la interpretación del Quijote), hasta su devoción por nuestra literatura medieval. Pero no sólo quedaron tentado por lo nacional, sino que también compartieron la influencia y admiración por autores extranjeros: Ibsen, Tolstoi, Poe, Nietzsche, Schopenhauer, Kierkegaard...

Con estas preferencias y posiciones, la generación del 98 aportará notables novedades a la lengua literaria. Joan Maragall apreció en ellos el sentido de la sobriedad en sus escritos. Así es: en todos los escritos se observa una voluntad antirretórica, el llamado quevedismo, por reacción contra la literatura de su siglo, así como una repulsa del prosaísmo y un exigente cuidado en la forma.

Otra característica común es el gusto por las palabras tradicionales y terruñeras, y como no, el gran rasgo general de su estética: el

subjetivismo. De este subjetivismo sui generis mana un lirismo distinto y particular en cada página de estos escritores, indicio de un sentir revolucionario y futurista.

Unamuno y su tiempo

El compromiso educacional

«En el itinerario intelectual de Unamuno, hay dos temas que se imponen por encima de los demás: su obsesión religiosa y su preocupación por España, y ambos están estrechamente unidos».

Así lo explica el Sr. Abellán (1977); pero yo prefiero citarlo como el compromiso religioso-político y compromiso educacional. Pero ¿por qué esta preocupación? Sencillamente podría contestarse porque Unamuno pertenece a la Generación del 98, y esta generación tomó interés por Castilla, núcleo del Imperio donde jamás se ponía el sol. Quizás ello resulte una perogrullada, pues habríamos de entrar en analizar este movimiento cultural; por supuesto, una vez que hubiéramos dado por idóneo el término generación del 98, para concluir que —además de los requisitos del J. Petersen— tal generación tenía el requisito del compromiso educacional. Unamuno —los noventayochistas— eran consciente del problema.

«La sociedad española estaba necesitada a mediados del siglo XIX de una importante renovación filosófica y espiritual» (ídem, pág. 305).

En verdad, la mala organización socio-política que desde el reinado de Carlos IV arrastraba España y la revolución industrial tan violenta que estaba sufriendo el mundo, había dejado el organismo español sin respiración. El Derecho parecía la única salida de rehabilitación, y en

efecto, «el vehículo de esa renovación va a ser la filosofía krausista». «El introductor y representante de la misma va a ser Julián Sanz del Río, cuya obra el Ideal de la humanidad para la vida, Madrid, 1860, constituiría el libro básico de todo el movimiento krausista» (pág. 305, 307).

La actividad krausista fue desde la cúpula española hacia la base del pueblo español. Durante su vida la Institución Libre de Enseñanza, recorrió tres etapas, y aunque el krausismo puede considerarse una «filosofía» nunca fue un sistema filosófico sistematizado. Unamuno fue krausista, pero a su manera. Porque, si bien no recibió enseñanzas en ella, si recibió influencias de su segunda (1881-1907) y tercera (1907-1936) etapa, llegando a verla como modelo futuro de reforma pedagógica. Pues "al primer Unamuno, España le dolía porque no funcionaba, porque su universidad no formaba. Este primer Unamuno socialista y encontrado con el regeneracionismo decimonónico es el de *Entorno al casticismo* (1895), ensayo en el que se contemplan las urgencias de europeizar a España, y en el que el porvenir de la sociedad española se fija en el pueblo desconocido» (Unamuno, 1985, pág. IV).

Este pueblo desconocido es el hombre trabajador, el hijo del campesino sin tierra...

El compromiso religioso-político

¿Llegó Unamuno a un aprieto entre moral pública / moral privada, o esta antítesis es simplemente una contradicción más de la realidad, de su época?

Después de publicar su primer ensayo, Unamuno sufre hacia 1897 una profunda crisis espiritual. Su adscripción al socialismo marxista, su tenaz ateísmo, le lleva a desembocar en la filosofía del absurdo, y que Unamuno se resiste a admitir estoicamente. Pero ¿hay o no hay Dios? Las dudas continúan royéndole su interior. Si no existe Dios, todo está

permitido... Y todo no está permitido. Marx, Nietzsche, etc., han de estar equivocados. Ahora bien:

«Por respeto a la idea de Dios —infinitamente bueno y justo— es preciso negar su realidad; por respeto a su esencia, es preciso negar su existencia». (Aranguren, 1983, pág. 118)

He aquí la génesis de la angustia de Unamuno; su auto interrogatorio sucesivo y permanente: en 1900, con la fe; en 1913, con *Del sentimiento trágico de la vida*; en 1914, *El Cristo de Velázquez*, donde tiende hacia un Dios de carne y hueso, definitivo, al Dios de los evangelios... Unamuno está ahora preparado para otra misión: escribir San Manuel, bueno y mártir. Por tanto, ¿por qué Dios no va a existir? Sí existe, y existe porque el hombre existe... y por eso, Dios tiene asignado un fin eterno, y el hombre no... Unamuno está ahora preparado para otra misión: escribir San Manuel, bueno y mártir.

Su concepto de intrahistoria, que ha ido acuñando, ha tenido que aportarle sentido a mirar lejos y ampliamente. Y así, ve a su alrededor esa inmensa masa de seres humanos luchando por la vida sin deseos de glorias, sólo por procrear y producir. Para Unamuno, ésta no es su España, sino el reino de Castilla.

Unamuno, como hombre romántico, como lector de Larra, siente simpatía por la filosofía e historia de la Edad Media, pues tiene que empararse de lo histórico para rechazar que Dios puede ser conocido por la razón humana natural (lo cual es criticar la enseñanza católica), sino sólo por su existencia, tal como hacen los seres que constituyen la intrahistoria: el pueblo.

Ahora bien: en aquella época el anticlericalismo era minoritario, de élite. Unamuno no ignoró que podía ser un inconveniente ideológico futuro. Porque observó que esta actitud que admite la metafísica y niega la teología, ¿no niega sin duda su objeto, el existencialismo?

Unamuno entronca así, al poner de relieve lo absurdo de la vida, con una relación ético-política compatible, pues confronta cuando el hombre vive «el sentimiento trágico», bien de la forma de la concepción luterana o existencial.

El sentido de la vida: dos fechas importantes

Unamuno, lleno de anomia, tiene problematización para ver la vida y el concepto de vida. Porque está claro que la vida es entendida según cierto vivir social. Sin embargo, ¿qué es la «vida», para él? Es, sencillamente, existir o inmortalidad.

Por dos fechas de su biografía, llegamos a tal identificación. La primera es 1895, año del ensayo *En torno al casticismo*, y la segunda es 1905, año de otro ensayo: *Vida de Don Quijote y Sancho*.

Tras la realización de ambos ensayos, Unamuno baja definitivamente a la arena; no quiere dejar ya a un lado la realidad, el mundo en sí, el vivir cotidiano y permanente, y éste, no es más que existir o sed de inmortalidad. Porque como dice Abellán (1977, pág. 369), «con el concepto de lo histórico Unamuno se refiere a la unidad consciente de la patria constituida por los acontecimientos que a lo largo de su evolución le han dado caracteres individuantes y excluyentes respecto de los demás países».

Y así, aunque es un fiel idealista, sabe que los universales son elementos primarios de la experiencia; no como conceptos filosóficos (porque eso supondría un mundo imaginario), sino como las cualidades propias del mundo con el que el ser viviente es confrontado diariamente. De aquí que abogue por una indispensable europeización de España; una europeización natural, liberal, donde el tiempo y los hombres, y sólo ambos fragüen el destino de la nueva España, y no bajo una internacionalización político-económica y militar tal como se realizó en

los años ochentas. Por consiguiente, el profesor Abellán no interpreta la idea unamuniana con toda la metafísica que acarrea y se precipita avivando dos ideas: «unas veces habla de europeización de España, mientras otras se inclina a la españolización de Europa».

Pero el concepto de intrahistoria ha despertado a Unamuno de un gran letargo. Su crisis espiritual convierte en ilimitada la vida, el existir. Sin embargo, para ello, ahora Unamuno ha de buscar creer con amor. Busca «la fe verdadera y viva, es fe que se alimenta de dudas».

Unamuno busca la esencia de su entorno, de su España; se ve, pues, obligado a comentar *El Quijote*, la esencia de España.

Hay nuevo siglo. La lectura de *El Quijote* debilita su intelecto cosmopolita. De pronto se ve envuelto en un giro de 180 grados. Es 1905. La bellé époque está produciendo un constante ajeteo en el mundo, y Unamuno, sin embargo, como Galileo, se retracta de su postura anterior, sólo que voluntariamente, y ahora propugna la españolización de Europa, o sea, que, para Unamuno, aunque en España existe una gran decadencia y corrupción, Europa tiene aún mucho, muchísimo que aprender de España, porque, al fin y al cabo, «los bárbaros del Norte remozaron el desmayado Imperio Romano».

Esta nueva postura es ironía unamuniana. Ortega se la tomó muy en serio, y refutó encarecidamente esta idea. Pero, a partir de entonces, Unamuno identifica vida con inmortalidad, pues ésta le da sentido a aquélla, pero entre uno y otro término hay otros. No obstante, Unamuno huye de la teoría de la inmortalidad de Platón expuesta en *El Banquete*, que era o es dimensional. La suya, la idea unamuniana sobre la inmortalidad, es unidimensional.

El profesor Abellán (1973, pág. 278) contrapone uno a otro: «Las diferencias entre Ortega y Unamuno son claras; aquél es un racionalista, y éste un aspirante a místico».

Ahora, ayudándome con el libro de Mario Bunge (1985), puede agregarse que Ortega es un racionalista, mas un racionalista a medias, porque no actúa bajo los siete tipos de racionalidad que Bunge señala.

No ocurre, en cambio, con Unamuno. Y el mismo profesor Abellán parece insinuarlo, varias veces, cuando agrega: «La admiración de Unamuno por el pueblo y su desprecio por el pueblo de Ortega tienen ese mismo origen" (ídem, pág. 279) "En el ser y en la historia de España hay una dimensión religiosa para la cual Ortega parecía estar incapacitado» (ídem, pág. 276).

Ortega es parte de la élite española y recibió mucha influencia directa del idealismo alemán. Unamuno es parte de la masa, del pueblo...

Estudio de la obra

Génesis

Después del involuntario exilio en Francia, Unamuno regresa (es 1930) a España, y, evidentemente, su organismo —cuerpo y alma— sufre transformación. Posiblemente sigue recordando aquello de: «No suelen ser nuestras ideas las que nos hacen optimistas o pesimistas, sino que es nuestro optimismo o nuestro pesimismo, de origen fisiológico o patológico quizás, .../... el que hace nuestras ideas» (1985, pág. 9).

Y ¡ay!, su España, qué soleada es. Por eso, el 1 de junio de 1930 Unamuno marcha a la Sierra de Gredos; concretamente junto al maravilloso y tan sugestivo lago de San Martín de Castañeda.

Tras irse de este lugar, Unamuno estampa sus impresiones en dos poemas. Y de nuevo en Salamanca vuelve a enfrentarse con una cruda realidad en general; pero, en especial, ha de enfrentarse con un ser viviente de carne y hueso, que nace, sufre y muere, come y bebe, juega y llora, piensa y quiere, ve y oye...

No obstante, ahora Unamuno es distinto, diferente. Aunque como ya hiciera en 1913, tiene que replantearse (o completar) una nueva síntesis de la naturaleza humana.

El universalismo (adquirido en Francia) influye en su corazón y razón, y como de súbito, conoce lo que acongoja al ser viviente español de carne y hueso: la existencia o no del infierno y la gloria, y quiénes y por qué van a uno u otro sitio. Y así, entre el 1 de junio de 1930 y el 3 de diciembre de 1931, en año y medio, Unamuno consigue escribir, publicar y levantar críticas con su novela *San Manuel Bueno, mártir*.

Fuente

Basándonos en el estudio historiográfico de H. Thomas (1978, cap. 4, pág. 70) diríase que Unamuno fue presto en intuir la realidad española y plasmarla, pese a haber estado ausente, y sin inventar nada de ella, elige e inmortaliza a unos caracteres nada extraño.

Esto nos arrastra a pensar que preludiaba la guerra civil, porque veía que todo problema estaba insertado en la «estructura interna», ya fuera del Estado, la Iglesia o la del mismo sujeto.

Esta manera de ver a Castilla —que no es otra cosa que España—, escudriñando las estructuras internas de los tres entes, nos encamina a suponer que ese ojo clínico suyo es deuda de la ingente obra cervantina.

Tema

Aunque podría decirse, como se ha dicho y sostenido, para globalizar, que el tema general de la novelita es el sentimiento trágico de la vida, en verdad su tema general o principal es la santidad del párroco. Es decir, el problema de estar seguro si Don Manuel hay que considerarlo (como a San Agustín o Jesucristo) un hombre o un Santo.

Con ello Unamuno logra: cerrar su crisis espiritual y responder a problemas que le habían surgido tras su militancia socialista. En efecto, los filósofos cristianos de los primeros siglos, desde Pablo de Tarso

hasta San Agustín, tuvieron grandes dificultades, y una de ellas fue el problema del Hijo de Dios. Hay, pues, un cambio de la noción *logos*, y desde luego, en torno a Él se desarrolla toda la teología cristiana, con su incógnita de creer o no creer en algo material-divino.

De aquí que Unamuno opte por una acción muy española: El Obispo de Renada —a pesar de todo— anda promoviendo la beatificación del cura Don Manuel; con ella se cierra (por un largo periodo) el dilema anterior. Además, el Obispo, para dar más testimonio, «se propone escribir su biografía», porque, sin duda, es un santo.

Los personajes

Aunque no han sido presentados todavía, ya hemos hablado de los personajes. No obstante, los personajes principales son tres: el cura Don Manuel Bueno, Ángela Caballino y su hermano Lázaro... Además, durante el relato aparecen el desgraciado Perote, el anormal Blasillo, el anónimo payaso, y en el epílogo, el recopilador del relato, un tal Miguel que creó el ser ficticio Augusto Pérez en la novela *Niebla*.

Unamuno sigue una vieja tradición de dar nombres alusivos a sus personajes; así, por ejemplo, nombra con Lázaro a alguien que, como aquél, resucitará a la vida, y el cura le apellida Bueno, lo cual refuerza más aún su bondad creada, y por último, a la protagonista, por su fidelidad, con la raíz griega ángel, que significa mensajero.

Estructura

Unamuno estructura (quizás inconscientemente) la narración en dieciocho fragmentos y un epílogo; pero puede decirse que se estructura bajo tres puntos tradicionales, según reglas del neoclasicismo: presentación, nudo y desenlace. Su ritmo es, por tanto, ascendente.

El epílogo añade más verosimilitud al relato; relato donde lo incógnito está patente por doquier, desde la fijación del tema general y los subtemas, hasta la problemática (presentada ya en la sexta línea del primer fragmento, cuando dice «...a modo de confesión...») de si es una confesión o memoria, y que la narradora no resuelve, aunque sí queda resuelto en el epílogo: «...esta memoria de Ángela Caballino».

Tiempo

Sin duda, Unamuno juega con el tiempo en esta obrita (en cuanto a su extensión, por supuesto); en poco más de treinta hojas, recorre toda una vida. Y lo hemos de dar como una característica suya. Por supuesto, muy propia de su tiempo, pues es cuando comienza el cine a ser protagonista, y por tanto, es una característica cinematográfica, de la aceleración de su tiempo.

La protagonista, Ángela, que cuenta ahora con cincuenta y tantos años, comienza a narrar su infancia guiada por lo que su madre le ha dicho, aunque la madre parece mostrarse reacia a un pasado triste: «apenas si me contaba hechos o dichos de mi padre».

Y así, la protagonista sabe poco de su padre. Es evidente que su madre, y así lo entiende Ángela, huya del recuerdo de su novio o marido por el dolor que ha podido causarle.

Unamuno pinta aquí un matriarcado obligado, circunstancial, creado por el predominio del varón en la sociedad, que a su vez es posible causa de la soltería de Ángela. Un matriarcado producido por la miseria, que solo había creado más miseria y dolor a la madre, y su continuidad había sido evitada por la soltería de Ángela, pues la madre entendía que podía pasarle a su hija también.

Con el tiempo todo es distinto. Porque ambas han sobrevivido a las vicisitudes. Así, ya en un periodo posterior, cuando Ángela tenía diez años, y empieza a darse cuenta de todo, memorizándolo... Pues bien: donde mejor puede observarse esa característica cinematográfica es en el fragmento cuarto, que empieza: «En la noche de San Juan...», o sea, está refiriéndose a algo del mes de junio, y de pronto, diecinueve líneas más abajo, nos habla de «el día primero de enero...».

Espacio

La acción general está situada en un pueblo, en la «aldea de Valverde de Lucerna», y concretamente, en casa de una vecina, en la casa de Simona, y ahora de Ángela, su hija. Pueblo y casa cualquiera. Pero además existen otros lugares donde se desarrolla la trama, como es el Colegio de Religiosas de Renada, al que fue Ángela a estudiar, a sus diez años, ante la insistencia del hermano y por conveniencia de la madre, quizás. También en el lago, donde anualmente hay un rito; en la Iglesia, etc.

Narradora

Unamuno detesta el anonimato. Quizá se indignara cuando veía por ahí tanta novela anónima. Incluso no quiere, para sus novelas, narrador sin físico; diríase que para él todo es material. De ahí que surja un narrador de carne y hueso, Ángela Carballino...

Pero ¿quién es Ángela Carballino? Es una mujer más de un pueblo más, que cuenta ya más de cincuenta años, que se encuentra sola, alimentándose de los recuerdos del pasado, y que, según confiesa, parece estar muy cerca de la nada; actitud ésta a la que ha llegado arrastrada por los vientos de la vida, de la experiencia...

Hoy, a su vejez, es una mujer que duda, que duda incluso de su existencia; quizá porque no encuentra la sustancia de la verdad, del saber, de la fe, de la vida. Pero ¿por qué, Dios mío, se ha dado cuenta tan tarde?

En su mocedad, sin embargo, no fue así. Entonces era una mujer idealista, altruista, pura, afectuosa, pía; pero el tiempo, y sobre todo, la relación de convivencia con su hermano y el párroco, ha dislocado su cabeza. De ambos, guarda un secreto: el trágico secreto de creer no creyendo, y el cual no confiesa ante el ilustrísimo señor obispo por temor a las autoridades temporales...

Unamuno, al escribir, tiene en cuenta tanto los rasgos del carácter del personaje-narrador, sumamente humano, de carne y hueso, quizás debido a su realismo descriptivo, como los rasgos estéticos al narrar la protagonista, pues no le da una postura omnisciente; pero, más aún, quizá, tenga en cuenta la Historia de España...

Breve comentario de valoración

¿Por qué llega Unamuno a esta obra? Mejor dicho: ¿por qué Unamuno no se fue por una filosofía de los valores? Sencillamente porque su concepción de la ética es postmoderna o postcontemporánea, o sea, de hoy, y no de su tiempo. Esto significa que Unamuno, como luego Heidegger, ve que la teología y la filosofía son inconciliables.

Unamuno se ha desprendido ya de su radicalismo ideológico. Por eso no sólo rechaza en su San Manuel Bueno la relación de la ética con la metafísica, que Unamuno asimila a «tomismo», sino que no puede aceptar la subordinación de la ética a la teología, bien revelada o natural. Ahora bien: de ésta aún no había gran certeza; pero de aquella sí, pues —desde Descartes— de Dios no podía venir nada. Ockam quedaba huido, destronado, una vez más. No obstante, para Unamuno, la moral tiene un contenido, y siendo así, Dios existe. Luego no está de acuerdo con Nietzsche, que había sacado todas las consecuencias de la moral recibida, al hecho trágico de la muerte de Dios, ni con Kant, el impulsor de la teología natural.

Unamuno es partidario de una ética filosófica independiente de la teología, pero ¡eso sí! no cerrada a la religión, a la religión católica, apostólica y romana. Por lo cual si tiene lazo con filósofos históricos, es con San Agustín, los Gregorio, Justino, y sobre todo, con Aristóteles (el de las *Éticas*), pues sus análisis llegan hasta el fondo de las tres obras aristotélicas para rechazar la subordinación de la ética a la teología,

porque, en verdad, lo que está rechazando es si el conocimiento del bien y del mal y la distinción ontológica entre ambos se funda en la ley o en la naturaleza.

En efecto, los diálogos de D. Manuel con Lázaro, unos diálogos serios, sinceros, profundos, filosóficos, de confesión mutua por medio del campo, son la mejor terapia para con el ateísmo, y visto aristotélicamente, D. Manuel es conforme que «el hombre virtuoso es el que tiende derechamente al bien, el que sabe dirigirse, el que se conduce rectamente». No obstante ¿es una rectitud originaria o de un enderezamiento posterior? ¿Cuál es en el hombre la tendencia más inmediata: el vicio o la virtud?

La conversión de Lázaro significa que es la virtud, y por tanto, que es un enderezamiento posterior. Con ello Unamuno pretende que el hombre, el hombre contemporáneo, el de su tiempo, se sitúa en la autenticidad. Por lo cual lo auténtico es, para Unamuno, saber que es el caso, es decir, que es un hombre sin la ayuda de Dios, que ha sido arrojado a la existencia, que su libertad es una condena, o que la vida es ser para la muerte. Unamuno, pues, según mi parecer, es aún hoy una fuente inagotable revitalizadora.

Bibliografía

- 1975. PSOE, en *Cien años por el socialismo (Historia del PSOE de 1879/1979)*. Publicación del comité del centenario del PSOE.
- 1985. DIAZ DEL MORAL, Juan. *Las agitaciones campesinas del periodo bolchevista (1918-1920)*. Sevilla, Ed. Andaluzas Unidas.
- 1977. ABELLAN, J.L. *El pensamiento español (De Séneca a Zubiri)*. Madrid, Colección Aula Abierta, UNED.
- 1985. UNAMUNO, Miguel de. *Del sentimiento trágico de la vida*. Barcelona, Editorial Planeta DeAgostini S.A, Introducción.
- 1983. LOPEZ ARANGUREN, J.L. *Ética*. Madrid, Alianza Editorial, tercera edición en AUT, núm. 19.
- 1973. ABELLAN, J.L. *Sociología del 98*. Barcelona, Editorial Península.
- 1985. BUNGE, Mario. *Racionalidad y realismo*. Madrid, Alianza Editorial, col. AU 445.
- 1978. THOMAS, H. *Historia de la Guerra Civil*. Barcelona, Círculo de Lectores, Tomo I.

Antonio Barrios Ruiz, 28 de enero de 1990

Prólogo

En *La Nación*, de Buenos Aires, y algo más tarde en *El Sol*, de Madrid, número del 3 de diciembre de 1931 [...], Gregorio Marañón publicó un artículo sobre mi *San Manuel Bueno, Mártir*, asegurando que ella, esta novelita, publicada en *La Novela de Hoy*, número 461 y último de la publicación, correspondiente al día 13 de marzo de 1931 —estos detalles los doy para la insaciable casta de los bibliógrafos—, ha de ser una de mis obras más leídas y gustadas en adelante como una de las más características de mi producción toda novelesca. Y quien dice novelesca —agrego yo—, dice filosófica y teológica. Y así como él pienso yo, que tengo la conciencia de haber puesto en ella todo mi sentimiento trágico de la vida cotidiana.

Luego hacía Marañón unas brevísimas consideraciones sobre la desnudez de la parte puramente material en mis relatos. Y es que creo que dando el espíritu de la carne, del hueso, de la roca, del agua, de la nube, de todo lo demás visible, se da la verdadera e íntima realidad, dejándole al lector que la revista en su fantasía.

Es la ventaja que lleva el teatro. Como mi novela Nada menos que todo un hombre, escenificada luego por Julio de Hoyos bajo el título de Todo un hombre, la escribí ya en vista del tablado teatral, me ahorré todas aquellas descripciones del físico de los personajes, de los aposentos y de los paisajes, que deben quedar al cuidado de actores, escenógrafos y tramoyistas. Lo que no quiere decir, ¡claro está!, que los personajes de

la novela o del drama escrito no sean tan de carne y hueso como los actores mismos, y que el ámbito de su acción no sea tan natural y tan concreto y tan real como la decoración de un escenario.

Escenario hay en *San Manuel Bueno, Mártir*, sugerido por el maravilloso y tan sugestivo lago de San Martín de Castañeda, en Sanabria, al pie de las ruinas de un convento de Bernardos y donde vive la leyenda de una ciudad, Valverde de Lucerna, que yace en el fondo de las aguas del lago. Y voy a estampar aquí dos poesías que escribí a raíz de haber visitado por primera vez ese lago el día primero de junio de 1930. La primera dice:

*San Martín de Castañeda, espejo de soledades,
el lago recoge edades
de antes del hombre y se queda
soñando en la santa calma
del cielo de las alturas,
la que se sume en honduras
de anegarse, ¡pobre! el alma.
Men Rodríguez, aguilucho
de Sanabria, el ala rota
ya el cotarro no alborota
para cobrarse el conducho.
Campanario sumergido
de Valverde de Lucerna,
toque de agonía eterna
bajo el caudal del olvido.
La historia paró; al sendero
de San Bernardo la vida
retorna, y todo se olvida,
lo que no ha sido primero.*

Y la segunda, ya de rima más artificiosa, decía y dice así:

*Ay Valverde de Lucerna,
hez del lago de Sanabria,
no hay leyenda que dé cabria
de sacarte a luz moderna.
Se queja en vano tu bronce
en la noche de San Juan,
tus hornos dieron su pan
la historia se está en su gonce.
Servir de pasto a las truchas
es, aun muerto, amargo trago;
se muere Riba de Lago
orilla de nuestras luchas.*

En efecto, la trágica y miserabilísima aldea de Riba de Lago, a la orilla del de San Martín de Castañeda, agoniza y cabe decir que se está muriendo. Es de una desolación tan grande como la de las alquerías, ya famosas, de las Hurdes. En aquellos pobrísimos tugurios, casuchas de amazón de madera recubierto de adobes y barro, se hacina un pueblo al que ni le es permitido pescar las ricas truchas en que abunda el lago y sobre las que una supuesta señora creía haber heredado el monopolio que tenían los monjes Bernardos de San Martín de Castañeda.

Esta otra aldea, la de San Martín de Castañeda, con las ruinas del humilde monasterio, agoniza también junto al lago, algo elevada sobre su orilla. Pero ni Riba de Lago, ni San Martín de Castañeda, ni Galende, el otro pobladillo más cercano al lago de Sanabria —este otro mejor acomodado—, ninguno de los tres puede ser ni fue el modelo de mi Valverde de Lucerna. El escenario de la obra de mi Don Manuel Bueno y de Angelina y Lázaro Carballino supone un desarrollo mayor de vida pública, por pobre y humilde que esta sea, que la vida de esas pobrísimas y humildísimas aldeas. Lo que no quiere decir, ¡claro está!, que yo

suponga que en estas no haya habido y aún haya vidas individuales muy íntimas e intensas, ni tragedias de conciencia.

Y en cuanto al fondo de la tragedia de los tres protagonistas de mi novelita, no creo poder ni deber agregar nada al relato mismo de ella. Ni siquiera he querido añadirle algo que recordé después de haberlo compuesto —y casi de un solo tirón—, y es que al preguntarle en París una dama acongojada de escrúpulos religiosos a un famoso y muy agudo abate si creía en el infierno y responderle este: «Señora, soy sacerdote de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, y usted sabe que en esta la existencia del infierno es verdad dogmática o de fe», la dama insistió en: «Pero usted, monseñor, ¿cree en ello?», y el abate, por fin: «¿Pero por qué se preocupa usted tanto, señora, de si hay o no infierno, si no hay nadie en él...?». No sabemos que la dama le añadiera esta otra pregunta: «Y en el cielo, ¿hay alguien?».

Y ahora, tratando de narrar la oscura y dolorosa congoja cotidiana que atormenta al espíritu de la carne y al espíritu del hueso de hombres y mujeres de carne y hueso espirituales, ¿iba a entretenerme en la tan hacendera tarea de describir revestimientos pasajeros y de puro viso? Aquí lo de Francisco Manuel de Melo en su *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña* en tiempo de Felipe IV y política militar, donde dice: «He deseado mostrar sus ánimos, no los vestidos de seda, lana y pieles, sobre que tanto se desveló un historiador grande de estos años, estimado en el mundo». Y el colosal Tucídides, dechado de historiadores, desdeñando esos realismos, aseguraba haber querido escribir «una cosa para siempre, más que una pieza de certamen que se oiga de momento». ¡Para siempre!

[...]

Pero voy más lejos aún, y es que no tan sólo importan poco para una novela, para una verdadera novela, para la tragedia o la comedia de unas almas, las fisonomías, el vestuario, los gestos materiales, el ámbito

material, sino que tampoco importa mucho lo que suele llamarse el argumento de ella.

[...]

[...] Poniéndome a pensar, claro que a redromano o a posteriori, en ello, he creído darme cuenta de que [...] a Don Manuel Bueno [...] lo que le atosigaba era el pavoroso problema de la personalidad, si uno es lo que es y seguirá siendo lo que es.

Claro está que no obedece a un estado de ánimo especial en que me hallara al escribir, en poco más de dos meses [esta novela junto a la novela de Don Sandalio, jugador de ajedrez y Un pobre hombre rico o el sentimiento cómico de la vida], sino que es un estado de ánimo general en que me encuentro, puedo decir que desde que empecé a escribir. Ese problema, esa congoja, mejor, de la conciencia de la propia personalidad —congoja unas veces trágica y otras cómica— es el que me ha inspirado para casi todos mis personajes de ficción. Don Manuel Bueno busca, al ir a morirse, fundir —o sea salvar— su personalidad en la de su pueblo [...].

¿Y no es, en el fondo, este congojoso y glorioso problema de la personalidad el que guía en su empresa a Don Quijote, el que dijo lo de «¡yo sé quién soy!» y quiso salvarla en aras de la fama imperecedera? ¿Y no es un problema de personalidad el que acongojó al príncipe Segismundo, haciéndole soñarse príncipe en el sueño de la vida?

Precisamente ahora, cuando estoy componiendo este prólogo, he acabado de leer la obra *O lo uno o lo otro* (*Enten — Eller*) de mi favorito Søren Kierkegaard, obra cuya lectura dejé interrumpida hace unos años —antes de mi destierro—, y en la sección de ella que se titula *Equilibrio entre lo estético y lo ético en el desarrollo de la personalidad* me he encontrado con un pasaje que me ha herido vivamente y que viene como estrobo al tolete para sujetar el remo —aquí pluma— con que estoy remando en este escrito. Dice así el pasaje:

«Sería la más completa burla al mundo si el que habría expuesto la más profunda verdad no hubiera sido un soñador, sino un dudador. Y no es impensable que nadie pueda exponer la verdad positiva tan excelentemente como un dudador; sólo que este no la cree. Si fuera un impostor, su burla sería suya; pero si fuera un dudador que deseara creer lo que expusiese, su burla sería ya enteramente objetiva; la existencia se burlaría por medio de él; expondría una doctrina que podría esclarecerlo todo, en que podría descansar todo el mundo; pero esa doctrina no podría aclarar nada a su propio autor. Si un hombre fuera precisamente tan avisado que pudiese ocultar que estaba loco, podría volver loco al mundo entero».

Y no quiero aquí comentar ya más ni el martirio de Don Quijote ni el de Don Manuel Bueno, martirios quijotescos los dos.

Y adiós, lector, y hasta más encontrarnos, y quiera Él que te encuentres a ti mismo.

Madrid, 1932.

San Manuel Bueno, mártir

Ahora que el obispo de la diócesis de Renada, a la que pertenece esta mi querida aldea de Valverde de Lucerna, anda, a lo que se dice, promoviendo el proceso para la beatificación de nuestro Don Manuel, o, mejor, san Manuel Bueno, que fue en esta párroco, quiero dejar aquí consignado, a modo de confesión y sólo Dios sabe, que no yo, con qué destino, todo lo que sé y recuerdo de aquel varón matriarcal que llenó toda la más entrañada vida de mi alma, que fue mi verdadero padre espiritual, el padre de mi espíritu, del mío, el de Ángela Carballino.

Al otro, a mi padre carnal y temporal, apenas si le conocí, pues se me murió siendo yo muy niña. Sé que había llegado de forastero a nuestra Valverde de Lucerna, que aquí arraigó al casarse aquí con mi madre. Trajo consigo unos cuantos libros, el Quijote, obras de teatro clásico, algunas novelas, historias, el Bertoldo, todo revuelto, y de esos libros, los únicos casi que había en toda la aldea, devoré yo ensueños siendo niña. Mi buena madre apenas si me contaba hechos o dichos de mi padre. Los de Don Manuel, a quien, como todo el mundo, adoraba, de quien estaba enamorada —claro que castísimamente—, le habían borrado el recuerdo de los de su marido. A quien encomendaba a Dios, y fervorosamente, cada día al rezar el rosario.

De nuestro Don Manuel me acuerdo como si fuese de cosa de ayer, siendo yo niña, a mis diez años, antes de que me llevaran al Colegio de Religiosas de la ciudad catedralicia de Renada. Tendría él, nuestro

santo, entonces unos treinta y siete años. Era alto, delgado, erguido, llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta y había en sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago. Se llevaba las miradas de todos, y tras ellas, los corazones, y él al mirarnos parecía, traspasando la carne como un cristal, mirarnos al corazón. Todos le queríamos, pero sobre todo los niños. ¡Qué cosas nos decía! Eran cosas, no palabras. Empezaba el pueblo a olerle la santidad; se sentía lleno y embriagado de su aroma.

Entonces fue cuando mi hermano Lázaro, que estaba en América, de donde nos mandaba regularmente dinero con que vivíamos en decorosa holgura, hizo que mi madre me mandase al Colegio de Religiosas, a que se completara fuera de la aldea mi educación, y esto aunque a él, a Lázaro, no le hiciesen mucha gracia las monjas. «Pero como ahí —nos escribía— no hay hasta ahora, que yo sepa, colegios laicos y progresivos, y menos para señoritas, hay que atenerse a lo que haya. Lo importante es que Angelita se pula y que no siga entre esas zafias aldeanas». Y entré en el colegio, pensando en un principio hacerme en él maestra, pero luego se me atragantó la pedagogía.

En el colegio conocí a niñas de la ciudad e intimé con algunas de ellas. Pero seguía atenta a las cosas y a las gentes de nuestra aldea, de la que recibía frecuentes noticias y tal vez alguna visita. Y hasta al colegio llegaba la fama de nuestro párroco, de quien empezaba a hablarse en la ciudad episcopal. Las monjas no hacían sino interrogarme respecto a él.

Desde muy niña alimenté, no sé bien cómo, curiosidades, preocupaciones e inquietudes, debidas, en parte al menos, a aquel revoltijo de libros de mi padre, y todo ello se me medró en el colegio, en el trato, sobre todo con una compañera que se me aficionó desmedidamente y que unas

veces me proponía que entrásemos juntas a la vez en un mismo convento, jurándonos, y hasta firmando el juramento con nuestra sangre, hermandad perpetua, y otras veces me hablaba, con los ojos semicerrados, de novios y de aventuras matrimoniales. Por cierto que no he vuelto a saber de ella ni de su suerte. Y eso que cuando se hablaba de nuestro Don Manuel, o cuando mi madre me decía algo de él en sus cartas —y era en casi todas—, que yo leía a mi amiga, esta exclamaba como en arrobó: «¡Qué suerte, chica, la de poder vivir cerca de un santo así, de un santo vivo, de carne y hueso, y poder besarle la mano! Cuando vuelvas a tu pueblo, escíbeme mucho, mucho y cuéntame de él».

Pasé en el colegio unos cinco años, que ahora se me pierden como un sueño de madrugada en la lejanía del recuerdo, y a los quince volvía a mi Valverde de Lucerna. Ya toda ella era Don Manuel; Don Manuel con el lago y con la montaña. Llegué ansiosa de conocerle, de ponerme bajo su protección, de que él me marcara el sendero de mi vida.

Decíase que había entrado en el Seminario para hacerse cura, con el fin de atender a los hijos de una su hermana recién viuda, de servirles de padre; que en el Seminario se había distinguido por su agudeza mental y su talento y que había rechazado ofertas de brillante carrera eclesiástica porque él no quería ser sino de su Valverde de Lucerna, de su aldea perdida como un broche entre el lago y la montaña que se mira en él.

¡Y cómo quería a los suyos! Su vida era arreglar matrimonios desavenidos, reducir a sus padres hijos indómitos o reducir los padres a sus hijos, y sobre todo consolar a los amargados y atediados, y ayudar a todos a bien morir.

Me acuerdo, entre otras cosas, de que al volver de la ciudad la desgraciada hija de la tía Rabona, que se había perdido y volvió, soltera y desahuciada, trayendo un hijito consigo, Don Manuel no paró hasta que

hizo que se casase con ella su antiguo novio, Perote, y reconociese como suya a la criaturita, diciéndole:

—Mira, da padre a este pobre crío que no le tiene más que en el cielo.

—¡Pero, Don Manuel, si no es mía la culpa...!

—¡Quién lo sabe, hijo, quién lo sabe...!, y, sobre todo, no se trata de culpa.

Y hoy el pobre Perote, inválido, paralítico, tiene como báculo y consuelo de su vida al hijo aquel que, contagiado de la santidad de Don Manuel, reconoció por suyo no siéndolo.

En la noche de san Juan, la más breve del año, solían y suelen acudir a nuestro lago todas las pobres mujerucas, y no pocos hombrecillos, que se creen poseídos, endemoniados, y que parece no son sino histéricos y a las veces epilépticos, y Don Manuel emprendió la tarea de hacer él de lago, de piscina probática, y tratar de aliviarles y si era posible de curarles. Y era tal la acción de su presencia, de sus miradas, y tal sobre todo la dulcísima autoridad de sus palabras y sobre todo de su voz —¡qué milagro de voz!—, que consiguió curaciones sorprendentes. Con lo que creció su fama, que atraía a nuestro lago y a él a todos los enfermos del contorno. Y alguna vez llegó una madre pidiéndole que hiciese un milagro en su hijo, a lo que contestó sonriendo tristemente:

—No tengo licencia del señor obispo para hacer milagros.

Le preocupaba, sobre todo, que anduviesen todos limpios. Si alguno llevaba un roto en su vestidura, le decía:

«Anda a ver al sacristán, y que te remiende eso». El sacristán era sastre. Y cuando el día primero de año iban a felicitarle por ser el de su santo —su santo patrono era el mismo Jesús Nuestro Señor—, quería Don Manuel que todos se le presentasen con camisa nueva, y al que no la tenía se la regalaba él mismo.

Por todos mostraba el mismo afecto, y si a algunos distinguía más con él era a los más desgraciados y a los que aparecían como más díscolos. Y como hubiera en el pueblo un pobre idiota de nacimiento, Blasillo el bobo, a este es a quien más acariciaba y hasta llegó a enseñarle cosas que parecía milagro que las hubiese podido aprender. Y es que el pequeño rescoldo de inteligencia que aún quedaba en el bobo se le encendía en imitar, como un pobre mono, a su Don Manuel.

Su maravilla era la voz, una voz divina, que hacía llorar. Cuando al officiar en misa mayor o solemne entonaba el prefacio, estremecíase la iglesia y todos los que le oían sentíanse conmovidos en sus entrañas. Su canto, saliendo del templo, iba a quedarse dormido sobre el lago y al pie de la montaña. Y cuando en el sermón de Viernes Santo clamaba aquello de: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?», pasaba por el pueblo todo un temblor hondo como por sobre las aguas del lago en días de cierzo de hostigo. Y era como si oyesen a Nuestro Señor Jesucristo mismo, como si la voz brotara de aquel viejo crucifijo a cuyos pies tantas generaciones de madres habían depositado sus congojas. Como que una vez, al oírlo su madre, la de Don Manuel, no pudo contenerse, y desde el cielo del templo, en que se sentaba, gritó: «¡Hijo mío!». Y fue un chaparrón de lágrimas entre todos. Creeríase que el grito maternal había brotado de la boca entreabierta de aquella Dolorosa —el corazón traspasado por siete espadas— que había en una de las capillas del templo. Luego Blasillo el tonto iba repitiendo en tono patético por las callejas, y como en eco, el «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?», y de tal manera que al oírsele se les saltaban a todos las lágrimas, con gran regocijo del bobo por su triunfo imitativo.

Su acción sobre las gentes era tal que nadie se atrevía a mentir ante él, y todos, sin tener que ir al confesonario, se le confesaban. A tal punto que como hubiese una vez ocurrido un repugnante crimen en una aldea próxima, el juez, un insensato que conocía mal a Don Manuel, le llamó y le dijo:

—A ver si usted, Don Manuel, consigue que este bandido declare la verdad.

—¿Para que luego pueda castigársele? —replicó el santo varón—. No, señor juez, no; yo no saco a nadie una verdad que le lleve acaso a la muerte. Allá entre él y Dios... La justicia humana no me concierne. «No juzguéis para no ser juzgados», dijo Nuestro Señor.

—Pero es que yo, señor cura...

—Comprendido; dé usted, señor juez, al César lo que es del César, que yo daré a Dios lo que es de Dios.

Y al salir, mirando fijamente al presunto reo, le dijo:

—Mira bien si Dios te ha perdonado, que es lo único que importa.

En el pueblo todos acudían a misa, aunque sólo fuese por oírle y por verle en el altar, donde parecía transfigurarse, encendiéndosele el rostro. Había un santo ejercicio que introdujo en el culto popular, y es que, reuniendo en el templo a todo el pueblo, hombres y mujeres, viejos y niños, unas mil personas, recitábamos al unísono, en una sola voz, el Credo: «Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra...» y lo que sigue. Y no era un coro, sino una sola voz, una voz simple y unida, fundidas todas en una y haciendo como una montaña, cuya cumbre, perdida a las veces en nubes, era Don Manuel. Y al llegar a lo de "creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable» la voz de Don Manuel se zambullía, como en un lago, en la del pueblo todo, y era que él se callaba. Y yo oía las campanadas de la villa que se dice aquí que está sumergida en el lecho del lago —campanadas que se dice también se oyen la noche de San Juan— y eran las de la villa sumergida en el lago espiritual de nuestro pueblo; oía la voz de nuestros muertos que en nosotros resucitaban en la comunión de los santos. Después, al llegar a conocer el secreto de nuestro santo, he comprendido que era como si una caravana en marcha por el desierto, desfallecido el caudillo

al acercarse al término de su carrera, le tomaran en hombros los suyos para meter su cuerpo sin vida en la tierra de promisión.

Los más no querían morir sino cogidos de su mano como de un ancla.

Jamás en sus sermones se ponía a declamar contra impíos, masones, liberales o herejes. ¿Para qué, si no los había en la aldea? Ni menos contra la mala prensa. En cambio, uno de los más frecuentes temas de sus sermones era contra la mala lengua. Porque él lo disculpaba todo y a todos disculpaba. No quería creer en la mala intención de nadie.

—La envidia —gustaba repetir— la mantienen los que se empeñan en creerse envidiados, y las más de las persecuciones son efecto más de la manía persecutoria que no de la perseguidora.

—Pero fíjese, Don Manuel, en lo que me ha querido decir...

Y él:

—No debe importarnos tanto lo que uno quiera decir como lo que diga sin querer...

Su vida era activa y no contemplativa, huyendo cuanto podía de no tener nada que hacer. Cuando oía eso de que la ociosidad es la madre de todos los vicios, contestaba: «Y del peor de todos, que es el pensar ocioso». Y como yo le preguntara una vez qué es lo que con eso quería decir, me contestó: «Pensar ocioso es pensar para no hacer nada o pensar demasiado en lo que se ha hecho y no en lo que hay que hacer. A lo hecho pecho, y a otra cosa, que no hay peor que remordimiento sin enmienda». ¡Hacer!, ¡hacer! Bien comprendí yo ya desde entonces que Don Manuel huía de pensar ocioso y a solas, que algún pensamiento le perseguía.

Así es que estaba siempre ocupado, y no pocas veces en inventar ocupaciones. Escribía muy poco para sí, de tal modo que apenas nos ha dejado escritos o notas; mas, en cambio, hacía de memorialista para los demás, y a las madres, sobre todo, les redactaba las cartas para sus hijos ausentes.

Trabajaba también manualmente, ayudando con sus brazos a ciertas labores del pueblo. En la temporada de trilla íbase a la era a trillar y aventar, y en tanto, les aleccionaba o les distraía. Sustituía a las veces a algún enfermo en su tarea. Un día del más crudo invierno se encontró con un niño, muertecito de frío, a quien su padre le enviaba a recoger una res a larga distancia, en el monte.

—Mira —le dijo al niño—, vuélvete a casa, a calentarte, y dile a tu padre que yo voy a hacer el encargo.

Y al volver con la res se encontró con el padre, todo confuso, que iba a su encuentro. En invierno partía leña para los pobres. Cuando se secó aquel magnífico nogal —«un nogal matriarcal» le llamaba—, a cuya sombra había jugado de niño y con cuyas nueces se había durante tantos años regalado, pidió el tronco, se lo llevó a su casa y después de labrar en él seis tablas, que guardaba al pie de su lecho, hizo del resto leña para calentar a los pobres.

Solía hacer también las pelotas para que jugaran los mozos y no pocos juguetes para los niños.

Solía acompañar al médico en su visita y recalcaba las prescripciones de este. Se interesaba sobre todo en los embarazos y en la crianza de los niños, y estimaba como una de las mayores blasfemias aquello de: «¡Teta y gloria!», y lo otro de: «Angelitos al cielo». Le conmovía profundamente la muerte de los niños.

—Un niño que nace muerto o que se muere recién nacido y un suicidio —me dijo una vez— son para mí de los más terribles misterios: ¡un niño en cruz!

Y como una vez, por haberse quitado uno la vida, le preguntara el padre del suicida, un forastero, si le daría tierra sagrada, le contestó:

—Seguramente, pues en el último momento, en el segundo de la agonía, se arrepintió sin duda alguna.

Iba también a menudo a la escuela a ayudar al maestro, a enseñar con él, y no sólo el catecismo. Y es que huía de la ociosidad y de la soledad. De tal modo que por estar con el pueblo, y sobre todo con el mocerío y la chiquillería, solía ir al baile. Y más de una vez se puso en él a tocar el tamboril para que los mozos y las mozas bailasen, y esto, que en otro hubiera parecido grotesca profanación del sacerdocio, en él tomaba un sagrado carácter y como de rito religioso. Sonaba el Ángelus, dejaba el tamboril y el palillo, se descubría y todos con él, y rezaba: «El ángel del Señor anunció a María: Ave María...». Y luego: «Y ahora, a descansar para mañana».

—Lo primero —decía— es que el pueblo esté contento, que estén todos contentos de vivir. El contentamiento de vivir es lo primero de todo. Nadie debe querer morirse hasta que Dios quiera.

—Pues yo sí —le dijo una vez una recién viuda—, yo quiero seguir a mi marido...

—¿Y para qué? —le respondió—. Quédate aquí para encomendar su alma a Dios.

En una boda dijo una vez: «¡Ay, si pudiese cambiar el agua toda de nuestro lago en vino, en un vinillo que por mucho que de él se bebiera alegrara siempre sin emborrachar nunca... o por lo menos con una borrachera alegre!».

Una vez pasó por el pueblo una banda de pobres titiriteros. El jefe de ella, que llegó con la mujer gravemente enferma y embarazada, y con tres hijos que le ayudaban, hacía de payaso. Mientras él estaba en la plaza del pueblo haciendo reír a los niños y aun a los grandes, ella, sintiéndose de pronto gravemente indispuesta, se tuvo que retirar, y se retiró escoltada por una mirada de congoja del payaso y una risotada de los niños. Y escoltada por Don Manuel, que luego, en un rincón de la cuadra de la posada, la ayudó a bien morir. Y cuando, acabada la fiesta,

supo el pueblo y supo el payaso la tragedia, fuéronse todos a la posada y el pobre hombre, diciendo con llanto en la voz: «Bien se dice, señor cura, que es usted todo un santo», se acercó a este queriendo tomarle la mano para besársela, pero Don Manuel se adelantó, y tomándosela al payaso, pronunció ante todos:

—El santo eres tú, honrado payaso; te vi trabajar y comprendí que no sólo lo haces para dar pan a tus hijos, sino también para dar alegría a los de los otros, y yo te digo que tu mujer, la madre de tus hijos, a quien he despedido a Dios mientras trabajabas y alegrabas, descansa en el Señor, y que tú irás a juntarte con ella y a que te paguen riendo los ángeles a los que haces reír en el cielo de contento.

Y todos, niños y grandes, lloraban, y lloraban tanto de pena como de un misterioso contento en que la pena se ahogaba. Y más tarde, recordando aquel solemne rato, he comprendido que la alegría imperturbable de Don Manuel era la forma temporal y terrena de una infinita y eterna tristeza que con heroica santidad recataba a los ojos y los oídos de los demás.

Con aquella su constante actividad, con aquel mezclarse en las tareas y las diversiones de todos, parecía querer huir de sí mismo, querer huir de su soledad. «Le temo a la soledad», repetía. Mas, aun así, de vez en cuando se iba solo, orilla del lago, a las ruinas de aquella vieja abadía donde aún parecen reposar las almas de los piadosos cistercienses a quienes ha sepultado en el olvido la Historia. Allí está la celda del llamado Padre Capitán, y en sus paredes se dice que aún quedan señales de la gota de sangre con que las salpicó al mortificarse. ¿Qué pensaría allí nuestro Don Manuel? Lo que sí recuerdo es que como una vez, hablando de la abadía, le preguntase yo cómo era que no se le había ocurrido ir al claustro, me contestó:

—No es sobre todo porque tenga, como tengo, ni hermana viuda y mis sobrinos a quienes sostener, que Dios ayuda a sus pobres, sino porque yo no nací para ermitaño, para anacoreta; la soledad me mataría el alma, y en cuanto a un monasterio, mi monasterio es Valverde de Lucerna. Yo no debo vivir solo; yo no debo morir solo. Debo vivir para mi pueblo, morir para mi pueblo. ¿Cómo voy a salvar mi alma si no salvo la de mi pueblo?

—Pero es que ha habido santos ermitaños, solitarios... —le dije.

—Sí, a ellos les dio el Señor la gracia de soledad que a mí me ha negado, y tengo que resignarme. Yo no puedo perder a mi pueblo para ganarme el alma. Así me ha hecho Dios. Yo no podría soportar las tentaciones del desierto. Yo no podría llevar solo la cruz del nacimiento.

He querido con estos recuerdos, de los que vive mi fe, retratar a nuestro Don Manuel tal como era cuando yo, mocita de cerca de dieciséis años, volví del Colegio de Religiosas de Renada a nuestro monasterio de Valverde de Lucerna. Y volví a ponerme a los pies de su abad.

—¡Hola, la hija de la Simona —me dijo en cuanto me vio—, y hecha ya toda una moza, y sabiendo francés, y bordar y tocar el piano y qué sé yo qué más! Ahora a prepararte para darnos otra familia. Y tu hermano Lázaro, ¿cuándo vuelve? Sigue en el Nuevo Mundo, ¿no es así?

—Sí, señor, sigue en América...

—¡El Nuevo Mundo! Y nosotros en el Viejo. Pues bueno, cuando le escribas, dile de mi parte, de parte del cura, que estoy deseando saber cuándo vuelve del Nuevo Mundo a este Viejo, trayéndonos las novedades de por allá. Y dile que encontrará al lago y a la montaña como les dejó.

Cuando me fui a confesar con él mi turbación era tanta que no acertaba a articular palabra. Recé el «yo pecadora» balbuciendo, casi sollozando. Y él, que lo observó, me dijo:

—Pero ¿qué te pasa, corderilla? ¿De qué o de quién tienes miedo? Porque tú no tiemblas ahora al peso de tus pecados ni por temor de Dios, no; tú tiemblas de mí, ¿no es eso?

Me eché a llorar.

—Pero ¿qué es lo que te han dicho de mí? ¿Qué leyendas son esas? ¿Acaso tu madre? Vamos, vamos, cálmate y haz cuenta que estás hablando con tu hermano...

Me animé y empecé a confiarle mis inquietudes, mis dudas, mis tristezas.

—¡Bah, bah, bah! ¿Y dónde has leído eso, marisabidilla? Todo eso es literatura. No te des demasiado a ella, ni siquiera a santa Teresa. Y si quieres distraerte, lee el Bertoldo, que leía tu padre.

Salí de aquella mi primera confesión con el santo hombre profundamente consolada. Y aquel mi temor primero, aquel más que respeto miedo, con que me acerqué a él, trocóse en una lástima profunda. Era yo entonces una mocita, una niña casi; pero empezaba a ser mujer, sentía en mis entrañas el jugo de la maternidad, y al encontrarme en el confesonario junto al santo varón, sentí como una callada confesión suya en el susurro sumiso de su voz y recordé cómo cuando al clamar él en la iglesia las palabras de Jesucristo: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?», su madre, la de Don Manuel, respondió desde el suelo: «¡Hijo mío!», y oí este grito que desgarraba la quietud del templo. Y volví a confesarme con él para consolarle.

Una vez que en el confesonario le expuse una de aquellas dudas, me contestó:

—A eso, ya sabes, lo del catecismo: «Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder».

—¡Pero si el doctor aquí es usted, Don Manuel...!

—¿Yo, yo doctor?, ¿doctor yo? ¡Ni por pienso! Yo, doctorcilla, no soy más que un pobre cura de aldea. Y esas preguntas, ¿sabes quién te las insinúa, quién te las dirige? Pues... ¡el Demonio!

Y entonces, envalentonándome, le espeté a boca de jarro:

—¿Y si se las dirigiese a usted, Don Manuel?

—¿A quién?, ¿a mí? ¿Y el Demonio? No nos conocemos, hija, no nos conocemos.

—¿Y si se las dirigiera?

—No le haría caso. Y basta, ¿eh?, despachemos, que me están esperando unos enfermos de verdad.

Me retiré, pensando, no sé por qué, que nuestro Don Manuel, tan afamado curandero de endemoniados, no creía en el Demonio. Y al irme hacia mi casa topé con Blasillo el bobo, que acaso rondaba el templo, y que al verme, para agasajarme con sus habilidades, repitió —¡y de qué modo!— lo de «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?». Llegué a casa acongojadísima y me encerré en mi cuarto para llorar, hasta que llegó mi madre.

—Me parece, Angelita, con tantas confesiones, que tú te me vas a ir monja.

—No lo tema, madre —le contesté—, pues tengo hartito que hacer aquí, en el pueblo, que es mi convento.

—Hasta que te cases.

—No pienso en ello —le repliqué.

Y otra vez que me encontré con Don Manuel, le pregunté, mirándole derechamente a los ojos:

—¿Es que hay infierno, Don Manuel?

Y él, sin inmutarse:

—¿Para ti, hija? No.

—¿Para los otros, le hay?

—¿Y a ti qué te importa, si no has de ir a él?

—Me importa por los otros. ¿Le hay?

—Cree en el cielo, en el cielo que vemos. Míralo —y me lo mostraba sobre la montaña y abajo, reflejado en el lago.

—Pero hay que creer en el infierno, como en el cielo —le repliqué.

—Sí, hay que creer todo lo que cree y enseña a creer la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana. ¡Y basta!

Leí no sé qué honda tristeza en sus ojos, azules como las aguas del lago.

Aquellos años pasaron como un sueño. La imagen de Don Manuel iba creciendo en mí sin que yo de ello me diese cuenta, pues era un varón tan cotidiano, tan de cada día como el pan que a diario pedimos en el Padrenuestro. Yo le ayudaba cuanto podía en sus menesteres, visitaba a sus enfermos, a nuestros enfermos, a las niñas de la escuela, arreglaba el ropero de la iglesia, le hacía, como me llamaba él, de diaconisa. Fui unos días invitada por una compañera de colegio, a la ciudad, y tuve que volverme, pues en la ciudad me ahogaba, me faltaba algo, sentía sed de la vista de las aguas del lago, hambre de la vista de las peñas de la montaña; sentía, sobre todo, la falta de mi Don Manuel y como si su ausencia me llamara, como si corriese un peligro lejos de mí, como si me necesitara. Empezaba yo a sentir una especie de afecto maternal hacia mi padre espiritual; quería aliviarle del peso de su cruz del nacimiento.

Así fui llegando a mis veinticuatro años, que es cuando volvió de América, con un caudalillo ahorrado, mi hermano Lázaro. Llegó acá, a Valverde de Lucerna, con el propósito de llevarnos a mí y a nuestra madre a vivir a la ciudad, acaso a Madrid.

—En la aldea —decía— se entontece, se embrutece y se empobrece uno.

Y añadía:

—Civilización es lo contrario de ruralización; ¡aldeanerías no!, que no hice que fueras al colegio para que te pudras luego aquí, entre estos zafios patanes.

Yo callaba, aún dispuesta a resistir la emigración; pero nuestra madre, que pasaba ya de la sesentera, se opuso desde un principio. «¡A mi edad, cambiar de aguas!», dijo primero; mas luego dio a conocer claramente que ella no podría vivir fuera de la vista de su lago, de su montaña, y sobre todo de su Don Manuel.

—¡Sois como las gatas, que os apegáis a la casa! —repetía mi hermano.

Cuando se percató de todo el imperio que sobre el pueblo todo y en especial sobre nosotras, sobre mi madre y sobre mí, ejercía el santo varón evangélico, se irritó contra este. Le pareció un ejemplo de la oscura teocracia en que él suponía hundida a España. Y empezó a barbotar sin descanso todos los viejos lugares comunes anticlericales y hasta antirreligiosos y progresistas que había traído renovados del Nuevo Mundo.

—En esta España de calzonazos —decía— los curas manejan a las mujeres y las mujeres a los hombres... ¡y luego el campo!, ¡el campo!, este campo feudal...

Para él, feudal era un término pavoroso; feudal y medieval eran los dos calificativos que prodigaba cuando quería condenar algo.

Le desconcertaba el ningún efecto que sobre nosotras hacían sus diatribas y el casi ningún efecto que hacían en el pueblo, donde se le oía con respetuosa indiferencia. «A estos patanes no hay quien les conmueva». Pero como era bueno por ser inteligente, pronto se dio cuenta de la clase de imperio que Don Manuel ejercía sobre el pueblo, pronto se enteró de la obra del cura de su aldea.

—¡No, no es como los otros —decía—, es un santo!

—Pero ¿tú sabes cómo son los otros curas? —le decía yo, y él:

—Me lo figuro.

Mas aun así ni entraba en la iglesia ni dejaba de hacer alarde en todas partes de su incredulidad, aunque procurando siempre dejar a salvo a Don Manuel. Y ya en el pueblo se fue formando, no sé cómo, una expectativa, la de una especie de duelo entre mi hermano Lázaro y Don Manuel, o más bien se esperaba la conversión de aquel por este. Nadie dudaba de que al cabo el párroco le llevaría a su parroquia. Lázaro, por su parte, ardía en deseos —me lo dijo luego— de ir a oír a Don Manuel, de verle y oírle en la iglesia, de acercarse a él y con él conversar, de conocer el secreto de aquel su imperio espiritual sobre las almas. Y se hacía de rogar para ello, hasta que al fin, por curiosidad —decía—, fue a oírle.

—Sí, esto es otra cosa —me dijo luego de haberle oído—; no es como los otros, pero a mí no me la da; es demasiado inteligente para creer todo lo que tiene que enseñar.

—Pero ¿es que le crees un hipócrita? —le dije.

—¡Hipócrita... no!, pero es el oficio del que tiene que vivir.

En cuanto a mí, mi hermano se empeñaba en que yo leyese de libros que él trajo y de otros que me incitaba a comprar.

—¿Conque tu hermano Lázaro —me decía Don Manuel— se empeña en que leas? Pues lee, hija mía, lee y dale así gusto. Sé que no has de leer sino cosa buena; lee aunque sea novelas. No son mejores las historias que llaman verdaderas. Vale más que leas que no el que te alimientes de chismes y comadrerías del pueblo. Pero lee sobre todo libros de piedad que te den contento de vivir, un contento apacible y silencioso.

¿Le tenía él?

Por entonces enfermó de muerte y se nos murió nuestra madre, y en sus últimos días todo su hipo era que Don Manuel convirtiese a Lázaro, a quien esperaba volver a ver un día en el cielo, en un rincón de las

estrellas desde donde se viese el lago y la montaña de Valverde de Lucerna. Ella se iba ya, a ver a Dios.

—Usted no se va —le decía Don Manuel—, usted se queda. Su cuerpo aquí, en esta tierra, y su alma también aquí en esta casa, viendo y oyendo a sus hijos, aunque estos ni le vean ni le oigan.

—Pero yo, padre —dijo—, voy a ver a Dios.

—Dios, hija mía, está aquí como en todas partes, y le verá usted desde aquí, desde aquí. Y a todos nosotros en Él, y a Él en nosotros.

—Dios se lo pague —le dije.

—El contento con que tu madre se muera —me dijo— será su eterna vida.

Y volviéndose a mi hermano Lázaro:

—Su cielo es seguir viéndote, y ahora es cuando hay que salvarla. Dile que rezarás por ella.

—Pero...

—¿Pero...? Dile que rezarás por ella, a quien debes la vida, y sé que una vez que se lo prometas rezarás y sé que luego que reces...

Mi hermano, acercándose, arrasados sus ojos en lágrimas, a nuestra madre, agonizante, le prometió solemnemente rezar por ella.

—Y yo en el cielo por ti, por vosotros —respondió mi madre, y besando el crucifijo y puestos sus ojos en los de Don Manuel, entregó su alma a Dios.

—«¡En tus manos encomiendo mi espíritu!» —rezó el santo varón.

Quedamos mi hermano y yo solos en la casa. Lo que pasó en la muerte de nuestra madre puso a Lázaro en relación con Don Manuel, que pareció descuidar algo a sus demás pacientes, a sus demás menesterosos, para atender a mi hermano. Íbanse por las tardes de paseo, orilla del lago, o hacia las ruinas, vestidas de hiedra, de la vieja abadía de cistercienses.

—Es un hombre maravilloso —me decía Lázaro—. Ya sabes que dicen que en el fondo de este lago hay una villa sumergida y que en la noche de san Juan, a las doce, se oyen las campanadas de su iglesia.

—Sí —le contestaba yo—, una villa feudal y medieval...

—Y creo —añadía él— que en el fondo del alma de nuestro Don Manuel hay también sumergida, ahogada, una villa y que alguna vez se oyen sus campanadas.

—Sí —le dije—, esa villa sumergida en el alma de Don Manuel, ¿y por qué no también en la tuya?, es el cementerio de las almas de nuestros abuelos, los de esta nuestra Valverde de Lucerna... ¡feudal y medieval!

Acabó mi hermano por ir a misa siempre, a oír a Don Manuel, y cuando se dijo que cumpliría con la parroquia, que comulgaría cuando los demás comulgasen, recorrió un íntimo regocijo al pueblo todo, que creyó haberle recobrado. Pero fue un regocijo tal, tan limpio, que Lázaro no se sintió ni vencido ni disminuido.

Y llegó el día de su comunión, ante el pueblo todo, con el pueblo todo. Cuando llegó la vez a mi hermano pude ver que Don Manuel, tan blanco como la nieve de enero en la montaña y temblando como tiembla el lago cuando le hostiga el cierzo, se le acercó con la sagrada forma en la mano, y de tal modo le temblaba ésta al arrimarla a la boca de Lázaro que se le cayó la forma a tiempo que le daba un vahído. Y fue mi hermano mismo quien recogió la hostia y se la llevó a la boca. Y el pueblo al ver llorar a Don Manuel, lloró diciéndose: «¡Cómo le quiere!». Y entonces, pues era la madrugada, cantó un gallo.

Al volver a casa y encerrarme en ella con mi hermano, le eché los brazos al cuello y besándole le dije:

—¡Ay Lázaro, Lázaro, qué alegría nos has dado a todos, a todos, a todo el pueblo, a todos, a los vivos y a los muertos, y sobre todo a mamá, a nuestra madre! ¿Viste? El pobre Don Manuel lloraba de alegría. ¡Qué alegría nos has dado a todos!

—Por eso lo he hecho —me contestó.

—¿Por eso? ¿Por darnos alegría? Lo habrás hecho ante todo por ti mismo, por conversión.

Y entonces Lázaro, mi hermano, tan pálido y tan tembloroso como Don Manuel cuando le dio la comunión, me hizo sentarme en el sillón mismo donde solía sentarse nuestra madre, tomó huelgo, y luego, como en íntima confesión doméstica y familiar, me dijo:

—Mira, Angelita, ha llegado la hora de decirte la verdad, toda la verdad, y te la voy a decir, porque debo decírtela, porque a ti no puedo, no debo callártela y porque además habrías de adivinarla y a medias, que es lo peor, más tarde o más temprano.

Y entonces, serena y tranquilamente, a media voz, me contó una historia que me sumergió en un lago de tristeza. Cómo Don Manuel le había venido trabajando, sobre todo en aquellos paseos a las ruinas de la vieja abadía cisterciense, para que no escandalizase, para que diese buen ejemplo, para que se incorporase a la vida religiosa del pueblo, para que fingiese creer si no creía, para que ocultase sus ideas al respecto, mas sin intentar siquiera catequizarle, convertirle de otra manera.

—Pero ¿es eso posible? —exclamé consternada.

—¡Y tan posible, hermana, y tan posible! Y cuando yo le decía: «¿Pero es usted, usted, el sacerdote, el que me aconseja que finja?», él, balbuciente: «¿Fingir?, ¡fingir no!, ¡jeso no es fingir! Toma agua bendita, que dijo alguien, y acabarás creyendo». Y como yo, mirándole a los ojos, le dijese: «¿Y usted celebrando misa ha acabado por creer?», él bajó la mirada al lago y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y así es como le arranqué su secreto.

—¡Lázaro! —gemí.

Y en aquel momento pasó por la calle Blasillo el bobo, clamando su: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?». Y Lázaro se estremeció creyendo oír la voz de Don Manuel, acaso la de Nuestro Señor Jesucristo.

—Entonces —prosiguió mi hermano— comprendí sus móviles, y con esto comprendí su santidad; porque es un santo, hermana, todo un santo. No trataba al emprender ganarme para su santa causa —porque es una causa santa, santísima—, arrogarse un triunfo, sino que lo hacía por la paz, por la felicidad, por la ilusión si quieres, de los que le están encomendados; comprendí que si les engaña así —si es que esto es engaño— no es por medrar. Me rendí a sus razones, y he aquí mi conversión. Y no me olvidaré jamás del día en que diciéndole yo: «Pero, Don Manuel, la verdad, la verdad ante todo», él, temblando, me susurró al oído —y eso que estábamos solos en medio del campo—: «¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella». «¿Y por qué me la deja entrever ahora aquí, como en confesión?», le dije. Y él: «Porque si no, me atormentaría tanto, tanto, que acabaría gritándola en medio de la plaza, y eso jamás, jamás, jamás. Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerles felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarles. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad, no vivirían. Que vivan. Y esto hace la Iglesia, hacerles vivir. ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que le ha hecho. ¿Y la mía? La mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío». Jamás olvidaré estas sus palabras.

—¡Pero esa comunión tuya ha sido un sacrilegio! —me atreví a insinuar, arrepintiéndome al punto de haberlo insinuado.

—¿Sacrilegio? ¿Y él que me la dio? ¿Y sus misas?

—¡Qué martirio! —exclamé.

—Y ahora —añadió mi hermano— hay otro más para consolar al pueblo.

—¿Para engañarle? —le dije.

—Para engañarle no —me replicó—, sino para corroborarle en su fe.

—Y él, el pueblo —dije—, ¿cree de veras?

—¡Qué sé yo ...! Cree sin querer, por hábito, por tradición. Y lo que hace falta es no despertarle. Y que viva en su pobreza de sentimientos para que no adquiera torturas de lujo. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

—Eso, hermano, lo has aprendido de Don Manuel. Y ahora, dime, ¿has cumplido aquello que le prometiste a nuestra madre cuando ella se nos iba a morir, aquello de que rezarías por ella?

—¡Pues no se lo había de cumplir! Pero ¿por quién me has tomado, hermana? ¿Me crees capaz de faltar a mi palabra, a una promesa solenne, y a una promesa hecha, y en el lecho de muerte, a una madre?

—¡Qué sé yo...! Pudiste querer engañarla para que muriese consolada.

—Es que si yo no hubiese cumplido la promesa viviría sin consuelo.

—¿Entonces?

—Cumplí la promesa y no he dejado de rezar ni un solo día por ella.

—¿Sólo por ella?

—Pues, ¿por quién más?

—¡Por ti mismo! Y de ahora en adelante, por Don Manuel.

Nos separamos para irnos cada uno a su cuarto, yo a llorar toda la noche, a pedir por la conversión de mi hermano y de Don Manuel, y él, Lázaro, no sé bien a qué.

Después de aquel día temblaba yo de encontrarme a solas con Don Manuel, a quien seguía asistiendo en sus piadosos menesteres. Y él pareció percatarse de mi estado íntimo y adivinar la causa. Y cuando al fin me acerqué a él en el tribunal de la penitencia —¿quién era el juez y quién el reo?—, los dos, él y yo, doblamos en silencio la cabeza y nos

pusimos a llorar. Y fue él, Don Manuel, quien rompió el tremendo silencio para decirme con voz que parecía salir de una huesa:

—Pero tú, Angelina, tú crees como a los diez años, ¿no es así? ¿Tú crees?

—Sí creo, padre.

—Pues sigue creyendo. Y si se te ocurren dudas, cállatelas a ti misma. Hay que vivir...

Me atreví, y toda temblorosa le dije:

—Pero usted, padre, ¿cree usted?

Vaciló un momento y, reponiéndose, me dijo:

—¡Creo!

—¿Pero en qué, padre, en qué? ¿Cree usted en la otra vida?, ¿cree usted que al morir no nos morimos del todo?, ¿cree que volveremos a vernos, a querernos en otro mundo venidero?, ¿cree en la otra vida?

El pobre santo sollozaba.

—¡Mira, hija, dejemos eso!

Y ahora, al escribir esta memoria, me digo: ¿Por qué no me engañó?, ¿por qué no me engañó entonces como engañaba a los demás? ¿Por qué se acongojó? ¿Porque no podía engañarse a sí mismo, o porque no podía engañarme? Y quiero creer que se acongojaba porque no podía engañarse para engañarme.

—Y ahora —añadió—, reza por mí, por tu hermano, por ti misma, por todos. Hay que vivir. Y hay que dar vida.

Y después de una pausa:

—¿Y por qué no te casas, Angelina?

—Ya sabe usted, padre mío, por qué.

—Pero no, no; tienes que casarte. Entre Lázaro y yo te buscaremos un novio. Porque a ti te conviene casarte para que se te curen esas preocupaciones.

—¿Preocupaciones, Don Manuel?

—Yo sé bien lo que me digo. Y no te acongojes demasiado por los demás, que harto tiene cada cual con tener que responder de sí mismo.

—¡Y que sea usted, Don Manuel, el que me diga eso!, ¡que sea usted el que me aconseje que me case para responder de mí y no acuitarme por los demás!, ¡que sea usted!

—Tienes razón, Angelina, no sé ya lo que me digo; no sé ya lo que me digo desde que estoy confesándome contigo. Y sí, sí, hay que vivir, hay que vivir.

Y cuando yo iba a levantarme para salir del templo, me dijo:

—Y ahora, Angelina, en nombre del pueblo, ¿me absuelves?

Me sentí como penetrada de un misterioso sacerdocio, y le dije:

—En nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, le absuelvo, padre.

Y salimos de la iglesia, y al salir se me estremecían las entrañas maternas.

Mi hermano, puesto ya del todo al servicio de la obra de Don Manuel, era su más asiduo colaborador y compañero. Les anudaba, además, el común secreto. Le acompañaba en sus visitas a los enfermos, a las escuelas, y ponía su dinero a disposición del santo varón. Y poco faltó para que no aprendiera a ayudarle a misa. E iba entrando cada vez más en el alma insondable de Don Manuel.

—¡Qué hombre! —me decía—. Mira, ayer, paseando a orillas del lago, me dijo: «He aquí mi tentación mayor». Y como yo le interrogase con la mirada, añadió: «Mi pobre padre, que murió de cerca de noventa años, se pasó la vida, según me lo confesó él mismo, torturado por la tentación del suicidio, que le venía no recordaba desde cuándo, de nación, decía, y defendiéndose de ella. Y esa defensa fue su vida. Para no sucumbir a tal tentación extremaba los cuidados por conservar la vida. Me contó escenas terribles. Me parecía como una locura. Y yo la he heredado. ¡Y cómo me llama esa agua que con su aparente quietud —la corriente va por dentro— espeja al cielo! ¡Mi vida, Lázaro, es una

especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio, que es igual; pero que vivan ellos, que vivan los nuestros!». Y luego añadió: «Aquí se remansa el río en lago, para luego, bajando a la meseta, precipitarse en cascadas, saltos y torrenteras por las hoces y encañadas, junto a la ciudad, y así se remansa la vida, aquí, en la aldea. Pero la tentación del suicidio es mayor aquí, junto al remanso que espeja de noche las estrellas, que no junto a las cascadas que dan miedo. Mira, Lázaro, he asistido a bien morir a pobres aldeanos, ignorantes, analfabetos que apenas si habían salido de la aldea, y he podido saber de sus labios, y cuando no adivinarlo, la verdadera causa de su enfermedad de muerte, y he podido mirar, allí, a la cabecera de su lecho de muerte, toda la negrura de la cima del tedio de vivir. ¡Mil veces peor que el hambre! Sigamos, pues, Lázaro, suicidándonos en nuestra obra y en nuestro pueblo, y que sueñe este su vida como el lago sueña el cielo».

—Otra vez —me decía también mi hermano—, cuando volvíamos acá, vimos una zagala, una cabrera, que enhiesta sobre un picacho de la falda de la montaña, a la vista del lago, estaba cantando con una voz más fresca que las aguas de este. Don Manuel me detuvo y señalándomela dijo: «Mira, parece como si se hubiera acabado el tiempo, como si esa zagala hubiese estado ahí siempre, y como está, y cantando como está, y como si hubiera de seguir estando así siempre, como estuvo cuando empezó mi conciencia, como estará cuando se me acabe. Esa zagala forma parte, con las rocas, las nubes, los árboles, las aguas, de la naturaleza y no de la historia». ¡Cómo siente, cómo anima Don Manuel a la naturaleza! Nunca olvidaré el día de la nevada en que me dijo: «¿Has visto, Lázaro, misterio mayor que el de la nieve cayendo en el lago y muriendo en él mientras cubre con su toca a la montaña?».

Don Manuel tenía que contener a mi hermano en su celo y en su in-experiencia de neófito. Y como supiese que este andaba predicando contra ciertas supersticiones populares, hubo de decirle:

—¡Déjalos! ¡Es tan difícil hacerles comprender dónde acaba la creencia ortodoxa y dónde empieza la superstición! Y más para nosotros. Déjalos, pues, mientras se consuelen. Vale más que lo crean todo, aun cosas contradictorias entre sí, a no que no crean nada. Eso de que el que cree demasiado acaba por no creer nada, es cosa de protestantes. No protestemos. La protesta mata el contento.

Una noche de plenilunio —me contaba también mi hermano— volvían a la aldea por la orilla del lago, a cuya sobrehoz rizaba entonces la brisa montañesa y en el rizo cabrilleaban las razas de la luna llena, y Don Manuel le dijo a Lázaro:

—¡Mira, el agua está rezando la letanía y ahora dice: janua caeli, ora pro nobis, puerta del cielo, ruega por nosotros!

Y cayeron temblando de sus pestañas a la yerba del suelo dos huideras lágrimas en que también, como en rocío, se bañó temblorosa la lumbre de la luna llena.

E iba corriendo el tiempo y observábamos mi hermano y yo que las fuerzas de Don Manuel empezaban a decaer, que ya no lograba contener del todo la insondable tristeza que le consumía, que acaso una enfermedad traidora le iba minando el cuerpo y el alma. Y Lázaro, acaso para distraerle más, le propuso si no estaría bien que fundasen en la iglesia algo así como un sindicato católico agrario.

—¿Sindicato? —respondió tristemente Don Manuel—. ¿Sindicato? ¿Y qué es eso? Yo no conozco más sindicato que la Iglesia, y ya sabes aquello de «mi reino no es de este mundo». Nuestro reino, Lázaro, no es de este mundo...

—¿Y del otro?

Don Manuel bajó la cabeza:

—El otro, Lázaro, está aquí también, porque hay dos reinos en este mundo. O mejor, el otro mundo... Vamos, que no sé lo que me digo. Y en cuanto a eso del sindicato, es en ti un resabio de tu época de progresismo. No, Lázaro, no; la religión no es para resolver los conflictos económicos o políticos de este mundo que Dios entregó a las disputas de los hombres. Piensen los hombres y obren los hombres como pensaren y como obraren, que se consuelen de haber nacido, que vivan lo más contentos que puedan en la ilusión de que todo esto tiene una finalidad. Yo no he venido a someter los pobres a los ricos, ni a predicar a estos que se sometan a aquellos. Resignación y caridad en todos y para todos. Porque también el rico tiene que resignarse a su riqueza, y a la vida, y también el pobre tiene que tener caridad para con el rico. ¿Cuestión social? Deja eso, eso no nos concierne. Que traen una nueva sociedad, en que no haya ya ricos ni pobres, en que esté justamente repartida la riqueza, en que todo sea de todos, ¿y qué? ¿Y no crees que del bienestar general surgirá más fuerte el tedio a la vida? Sí, ya sé que uno de esos caudillos de la que llaman la revolución social ha dicho que la religión es el opio del pueblo. Opio... Opio... Opio, sí. Démosle opio, y que duerma y que sueñe. Yo mismo con esta mi loca actividad me estoy administrando opio. Y no logro dormir bien y menos soñar bien... ¡Esta terrible pesadilla! Y yo también puedo decir con el Divino Maestro: «Mi alma está triste hasta la muerte». No, Lázaro; nada de sindicatos por nuestra parte. Si lo forman ellos me parecerá bien, pues que así se distraen. Que jueguen al sindicato, si eso les contenta.

El pueblo todo observó que a Don Manuel le menguaban las fuerzas, que se fatigaba. Su voz misma, aquella voz que era un milagro, adquirió un cierto temblor íntimo. Se le asomaban las lágrimas con cualquier motivo. Y sobre todo cuando hablaba al pueblo del otro mundo, de la otra vida, tenía que detenerse a ratos cerrando los ojos. «Es que lo está

viendo», decían. Y en aquellos momentos era Blasillo el bobo el que con más cuajo lloraba. Porque ya Blasillo lloraba más que reía, y hasta sus risas sonaban a lloros.

Al llegar la última Semana de Pasión que con nosotros, en nuestro mundo, en nuestra aldea celebró Don Manuel, el pueblo todo presintió el fin de la tragedia. ¡Y cómo sonó entonces aquel: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?», el último que en público sollozó Don Manuel! Y cuando dijo lo del Divino Maestro al buen bandolero —«todos los bandoleros son buenos», solía decir nuestro Don Manuel—, aquello de: «Mañana estarás conmigo en el paraíso». ¡Y la última comunión general que repartió nuestro santo! Cuando llegó a dársela a mi hermano, esta vez con mano segura, después del litúrgico «... in vitam aeternam», se le inclinó al oído y le dijo: «No hay más vida eterna que esta... que la sueñen eterna... eterna de unos pocos años...». Y cuando me la dio a mí me dijo: «Reza, hija mía, reza por nosotros». Y luego, algo tan extraordinario que lo llevo en el corazón como el más grande misterio, y fue que me dijo con voz que parecía de otro mundo: «...y reza también por Nuestro Señor Jesucristo...».

Me levanté sin fuerzas y como sonámbula. Y todo en torno me pareció un sueño. Y pensé: «Habré de rezar también por el lago y por la montaña». Y luego: «¿Es que estaré endemoniada?». Y en casa ya, cogí el crucifijo con el cual en las manos había entregado a Dios su alma mi madre, y mirándolo a través de mis lágrimas y recordando el «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» de nuestros dos Cristos, el de esta tierra y el de esta aldea, recé: «hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo», primero, y después: «Y no nos dejes caer en la tentación, amén». Luego me volví a aquella imagen de la Dolorosa, con su corazón traspasado por siete espadas, que había sido el más doloroso consuelo de mi pobre madre, y recé: «Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén». Y apenas lo había rezado cuando me dije: «¿pecadores?,

¿nosotros pecadores?, ¿y cuál es nuestro pecado, cuál?». Y anduve todo el día acongojada por esta pregunta.

Al día siguiente acudí a Don Manuel, que iba adquiriendo una solemnidad de religioso ocaso, y le dije:

—¿Recuerda, padre mío, cuando hace ya años, al dirigirle yo una pregunta me contestó: «Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder»?

—¡Que sí me acuerdo! ...y me acuerdo que te dije que esas eran preguntas que te dictaba el Demonio.

—Pues bien, padre, hoy vuelvo yo, la endemoniada, a dirigirle otra pregunta que me dicta mi demonio de la guarda.

—Pregunta.

—Ayer, al darme de comulgar, me pidió que rezara por todos nosotros y hasta por...

—Bien, cállalo y sigue.

—Llegué a casa y me puse a rezar, y al llegar a aquello de «ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte», una voz íntima me dijo: «¿pecadores?, ¿pecadores nosotros?, ¿y cuál es nuestro pecado?». ¿Cuál es nuestro pecado, padre?

—¿Cuál? —me respondió—. Ya lo dijo un gran doctor de la Iglesia Católica Apostólica Española, ya lo dijo el gran doctor de La vida es sueño, ya dijo que «el delito mayor del hombre es haber nacido». Ese es, hija, nuestro pecado: el de haber nacido.

—¿Y se cura, padre?

—¡Vete y vuelve a rezar! Vuelve a rezar por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte... Sí, al fin se cura el sueño..., al fin se cura la vida..., al fin se acaba la cruz del nacimiento... Y como dijo Calderón, el hacer bien, y el engañar bien, ni aun en sueños se pierde...

Y la hora de su muerte llegó por fin. Todo el pueblo la veía llegar. Y fue su más grande lección. No quiso morir ni solo ni ocioso. Se murió predicando al pueblo, en el templo. Primero, antes de mandar que le

llevasen a él, pues no podía ya moverse por la perlesía, nos llamó a su casa a Lázaro y a mí. Y allí, los tres a solas, nos dijo:

—Oíd: cuidado de estas pobres ovejas, que se consuelen de vivir, que crean lo que yo no he podido creer. Y tú, Lázaro, cuando hayas de morir, muere como yo, como morirá nuestra Ángela, en el seno de la Santa Madre Católica Apostólica Romana, de la Santa Madre Iglesia de Valverde de Lucerna, bien entendido. Y hasta nunca más ver, pues se acaba este sueño de la vida...

—¡Padre, padre! —gemí yo.

—No te aflijas, Ángela, y sigue rezando por todos los pecadores, por todos los nacidos. Y que sueñen, que sueñen. ¡Qué ganas tengo de dormir, dormir, dormir sin fin, dormir por toda una eternidad y sin soñar!, ¡olvidando el sueño! Cuando me entierren, que sea en una caja hecha con aquellas seis tablas que tallé del viejo nogal, ¡pobrecito!, a cuya sombra jugué de niño, cuando empezaba a soñar... ¡Y entonces sí que creía en la vida perdurable! Es decir, me figuro ahora que creía entonces. Para un niño creer no es más que soñar. Y para un pueblo. Esas seis tablas que tallé con mis propias manos, las encontraréis al pie de mi cama.

Le dio un ahogo y, repuesto de él, prosiguió:

—Recordaréis que cuando rezábamos todos en uno, en unanimidad de sentido, hechos pueblo, el Credo, al llegar al final yo me callaba. Cuando los israelitas iban llegando al fin de su peregrinación por el desierto, el Señor les dijo a Aarón y a Moisés que por no haberle creído no meterían a su pueblo en la tierra prometida, y les hizo subir al monte de Hor, donde Moisés hizo desnudar a Aarón, que allí murió, y luego subió Moisés desde las llanuras de Moab al monte Nebo, a la cumbre de Fasga, enfrente de Jericó, y el Señor le mostró toda la tierra prometida a su pueblo, pero diciéndole a él: «¡No pasarás allá!», y allí murió Moisés y nadie supo su sepultura. Y dejó por caudillo a Josué. Sé tú, Lázaro, mi Josué, y si puedes detener el Sol, deténle, y no te importe del progreso.

Como Moisés, he conocido al Señor, nuestro supremo ensueño, cara a cara, y ya sabes que dice la Escritura que el que le ve la cara a Dios, que el que le ve al sueño los ojos de la cara con que nos mira, se muere sin remedio y para siempre. Que no le vea, pues, la cara a Dios este nuestro pueblo mientras viva, que después de muerto ya no hay cuidado, pues no verá nada...

—¡Padre, padre, padre! —volví a gemir.

Y él:

—Tú, Ángela, reza siempre, sigue rezando para que los pecadores todos sueñen hasta morir la resurrección de la carne y la vida perdurable...

Yo esperaba un «¿y quién sabe...?», cuando le dio otro ahogo a Don Manuel.

—Y ahora —añadió—, ahora, en la hora de mi muerte, es hora de que hagáis que se me lleve, en este mismo sillón, a la iglesia para despedirme allí de mi pueblo, que me espera.

Se le llevó a la iglesia y se le puso, en el sillón, en el presbiterio, al pie del altar. Tenía entre sus manos un crucifijo. Mi hermano y yo nos pusimos junto a él, pero fue Blasillo el bobo quien más se arrimó. Quería coger de la mano a Don Manuel, besársela. Y como algunos trataran de impedírselo, Don Manuel les reprendió diciéndoles:

—Dejadle que se me acerque. Ven, Blasillo, dame la mano.

El bobo lloraba de alegría. Y luego Don Manuel dijo:

—Muy pocas palabras, hijos míos, pues apenas me siento con fuerzas sino para morir. Y nada nuevo tengo que deciros. Ya os lo dije todo. Vivid en paz y contentos y esperando que todos nos veamos un día en la Valverde de Lucerna que hay allí, entre las estrellas de la noche que se reflejan en el lago, sobre la montaña. Y rezad, rezad a María Santísima, rezad a Nuestro Señor. Sed buenos, que esto basta. Perdonadme el mal que haya podido haceros sin quererlo y sin saberlo. Y

ahora, después de que os dé mi bendición, rezad todos a una el Padrenuestro, el Ave María, la Salve, y por último el Credo.

Luego, con el crucifijo que tenía en la mano dio la bendición al pueblo, llorando las mujeres y los niños y no pocos hombres, y en seguida empezaron las oraciones, que Don Manuel oía en silencio y cogido de la mano por Blasillo, que al son del ruego se iba durmiendo. Primero el Padrenuestro con su «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo», luego el Santa María con su «ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte», a seguida la Salve con su «gimiendo y llorando en este valle de lágrimas», y por último el Credo. Y al llegar a la «resurrección de la carne y la vida perdurable», todo el pueblo sintió que su santo había entregado su alma a Dios. Y no hubo que cerrarle los ojos, porque se murió con ellos cerrados. Y al ir a despertar a Blasillo nos encontramos con que se había dormido en el Señor para siempre. Así que hubo luego que enterrar dos cuerpos.

El pueblo todo se fue en seguida a la casa del santo a recoger reliquias, a repartirse retazos de sus vestiduras, a llevarse lo que pudieran como reliquia y recuerdo del bendito mártir. Mi hermano guardó su breviario, entre cuyas hojas encontró, desecada y como en un herbario, una clavellina pegada a un papel y en este una cruz con una fecha.

Nadie en el pueblo quiso creer en la muerte de Don Manuel; todos esperaban verle a diario, y acaso le veían, pasar a lo largo del lago y espejado en él o teniendo por fondo las montañas; todos seguían oyendo su voz, y todos acudían a su sepultura, en torno a la cual surgió todo un culto. Las endemoniadas venían ahora a tocar la cruz de nogal, hecha también por sus manos y sacada del mismo árbol de donde sacó las seis tablas en que fue enterrado. Y los que menos queríamos creer que se hubiese muerto éramos mi hermano y yo.

Él, Lázaro, continuaba la tradición del santo y empezó a redactar lo que le había oído, notas de que me he servido para esta mi memoria.

—Él me hizo un hombre nuevo, un verdadero Lázaro, un resucitado —me decía—. Él me dio fe.

—¿Fe? —le interrumpía yo.

—Sí, fe, fe en el consuelo de la vida, fe en el contento de la vida. Él me curó de mi progresismo. Porque hay, Ángela, dos clases de hombres peligrosos y nocivos: los que convencidos de la vida de ultratumba, de la resurrección de la carne, atormentan, como inquisidores que son, a los demás para que, despreciando esta vida como transitoria, se ganen la otra, y los que no creyendo más que en este...

—Como acaso tú... —le decía yo.

—Y sí, y como Don Manuel. Pero no creyendo más que en este mundo, esperan no sé qué sociedad futura, y se esfuerzan en negarle al pueblo el consuelo de creer en otro...

—De modo que...

—De modo que hay que hacer que vivan de la ilusión.

El pobre cura que llegó a sustituir a Don Manuel en el curato entró en Valverde de Lucerna abrumado por el recuerdo del santo y se entregó a mi hermano y a mí para que le guiásemos. No quería sino seguir las huellas del santo. Y mi hermano le decía: «Poca teología, ¿eh?, poca teología; religión, religión». Y yo al oírsele me sonreía pensando si es que no era también teología lo nuestro.

Yo empecé entonces a temer por mi pobre hermano. Desde que se nos murió Don Manuel no cabía decir que viviese. Visitaba a diario su tumba y se pasaba horas muertas contemplando el lago. Sentía morriña de la paz verdadera.

—No mires tanto al lago —le decía yo.

—No, hermana, no temas. Es otro el lago que me llama; es otra la montaña. No puedo vivir sin él.

—¿Y el contento de vivir, Lázaro, el contento de vivir?

—Eso para otros pecadores, no para nosotros, que le hemos visto la cara a Dios, a quienes nos ha mirado con sus ojos el sueño de la vida.

—¿Qué, te preparas a ir a ver a Don Manuel?

—No, hermana, no; ahora y aquí en casa, entre nosotros solos, toda la verdad por amarga que sea, amarga como el mar a que van a parar las aguas de este dulce lago, toda la verdad para ti, que estás abroquelada contra ella...

—¡No, no, Lázaro; esa no es la verdad!

—La mía, sí.

—La tuya, ¿pero y la de...?

—También la de él.

—¡Ahora no, Lázaro; ahora no! Ahora cree otra cosa, ahora cree...

—Mira, Ángela, una de las veces en que al decirme Don Manuel que hay cosas que aunque se las diga uno a sí mismo debe callárselas a los demás, le repliqué que me decía eso por decírselas a él, esas mismas, a sí mismo, y acabó confesándose que creía que más de uno de los más grandes santos, acaso el mayor, había muerto sin creer en la otra vida.

—¿Es posible?

—¡Y tan posible! Y ahora, hermana, cuida que no sospechen siquiera aquí, en el pueblo, nuestro secreto...

—¿Sospecharlo? —le dije—. Si intentase, por locura, explicárselo, no lo entenderían. El pueblo no entiende de palabras; el pueblo no ha entendido más que vuestras obras. Querer exponerles eso sería como leer a unos niños de ocho años unas páginas de santo Tomás de Aquino... en latín.

—Bueno, pues cuando yo me vaya, reza por mí y por él y por todos.

Y por fin le llegó también su hora. Una enfermedad que iba minando su robusta naturaleza pareció exacerbarse con la muerte de Don Manuel.

—No siento tanto tener que morir —me decía en sus últimos días—, como que conmigo se muere otro pedazo del alma de Don Manuel. Pero lo demás de él vivirá contigo. Hasta que un día hasta los muertos nos moriremos del todo.

Cuando se hallaba agonizando entraron, como se acostumbra en nuestras aldeas, los del pueblo a verle agonizar, y encomendaban su alma a Don Manuel, a san Manuel Bueno, el mártir. Mi hermano no les dijo nada, no tenía ya nada que decirles; les dejaba dicho todo, todo lo que queda dicho. Era otra laña más entre las dos Valverdes de Lucerna, la del fondo del lago y la que en su sobrehaz se mira; era ya uno de nuestros muertos de vida, uno también, a su modo, de nuestros santos.

Quedé más que desolada, pero en mi pueblo y con mi pueblo. Y ahora, al haber perdido a mi san Manuel, al padre de mi alma, y a mi Lázaro, mi hermano aún más que carnal, espiritual, ahora es cuando me doy cuenta de que he envejecido y de cómo he envejecido. Pero ¿es que los he perdido?, ¿es que he envejecido?, ¿es que me acerco a mi muerte?

¡Hay que vivir! Y él me enseñó a vivir, él nos enseñó a vivir, a sentir la vida, a sentir el sentido de la vida, a sumergirnos en el alma de la montaña, en el alma del lago, en el alma del pueblo de la aldea, a perdernos en ellas para quedar en ellas. Él me enseñó con su vida a perderme en la vida del pueblo de mi aldea, y no sentía yo más pasar las horas, y los días y los años, que no sentía pasar el agua del lago. Me parecía como si mi vida hubiese de ser siempre igual. No me sentía envejecer. No vivía yo ya en mí, sino que vivía en mi pueblo y mi pueblo vivía en mí. Yo quería decir lo que ellos, los míos, decían sin querer. Salía a la calle, que era la carretera, y como conocía a todos, vivía en ellos y me olvidaba de mí, mientras que en Madrid, donde estuve alguna vez con

mi hermano, como a nadie conocía, sentíame en terrible soledad y torturada por tantos desconocidos.

Y ahora, al escribir esta memoria, esta confesión íntima de mi experiencia de la santidad ajena, creo que Don Manuel Bueno, que mi san Manuel y que mi hermano Lázaro se murieron creyendo no creer lo que más nos interesa, pero sin creer creerlo, creyéndolo en una desolación activa y resignada.

Pero ¿por qué —me he preguntado muchas veces— no trató Don Manuel de convertir a mi hermano también con un engaño, con una mentira, fingiéndose creyente sin serlo? Y he comprendido que fue porque comprendió que no le engañaría, que para con él no le serviría el engaño, que sólo con la verdad, con su verdad, le convertiría; que no habría conseguido nada si hubiese pretendido representar para con él una comedia —tragedia más bien—, la que representaba para salvar al pueblo. Y así le ganó, en efecto, para su piadoso fraude; así le ganó con la verdad de muerte a la razón de vida. Y así me ganó a mí, que nunca dejé transparentar a los otros su divino, su santísimo juego. Y es que creía y creo que Dios Nuestro Señor, por no sé qué sagrados y no es-crudiñaderos designios, les hizo creerse incrédulos. Y que acaso en el acabamiento de su tránsito se les cayó la venda. ¿Y yo, creo?

Y al escribir esto ahora, aquí, en mi vieja casa materna, a mis más que cincuenta años, cuando empiezan a blanquear con mi cabeza mis recuerdos, está nevando, nevando sobre el lago, nevando sobre la montaña, nevando sobre las memorias de mi padre, el forastero; de mi madre, de mi hermano Lázaro, de mi pueblo, de mi san Manuel, y también sobre la memoria del pobre Blasillo, de mi san Blasillo, y que él me ampare desde el cielo. Y esta nieve borra esquinas y borra sombras, pues hasta de noche la nieve alumbraba. Y yo no sé lo que es verdad y lo que es mentira, ni lo que vi y lo que soñé —o mejor lo que soñé y lo que sólo

vi—, ni lo que supe ni lo que creí. No sé si estoy traspasando a este papel, tan blanco como la nieve, mi conciencia que en él se ha de quedar, quedándome yo sin ella. ¿Para qué tenerla ya...?

¿Es que sé algo?, ¿es que creo algo? ¿Es que esto que estoy aquí contando ha pasado y ha pasado tal y como lo cuento? ¿Es que pueden pasar estas cosas? ¿Es que todo esto es más que un sueño soñado dentro de otro sueño? ¿Seré yo, Ángela Carballino, hoy cincuentona, la única persona que en esta aldea se ve acometida de estos pensamientos extraños para los demás? ¿Y estos, los otros, los que me rodean, creen? ¿Qué es eso de creer? Por lo menos, viven. Y ahora creen en san Manuel Bueno, mártir, que sin esperar inmortalidad les mantuvo en la esperanza de ella.

Parece que el ilustrísimo señor obispo, el que ha promovido el proceso de beatificación de nuestro santo de Valverde de Lucerna, se propone escribir su vida, una especie de manual del perfecto párroco, y recoge para ello toda clase de noticias. A mí me las ha pedido con insistencia, ha tenido entrevistas conmigo, le he dado toda clase de datos, pero me he callado siempre el secreto trágico de Don Manuel y de mi hermano. Y es curioso que él no lo haya sospechado. Y confío en que no llegue a su conocimiento todo lo que en esta memoria dejo consignado. Les temo a las autoridades de la tierra, a las autoridades temporales, aunque sean las de la Iglesia.

Pero aquí queda esto, y sea de su suerte lo que fuere.

Epílogo

¿Cómo vino a parar a mis manos este documento, esta memoria de Ángela Carballino? He aquí algo, lector, algo que debo guardar en secreto. Te la doy tal y como a mí ha llegado, sin más que corregir pocas, muy pocas particularidades de redacción. ¿Que se parece mucho a otras cosas que yo he escrito? Esto nada prueba contra su objetividad, su originalidad. ¿Y sé yo, además, si no he creado fuera de mí seres reales y efectivos, de alma inmortal? ¿Sé yo si aquel Augusto Pérez, el de mi novela Niebla, no tenía razón al pretender ser más real, más objetivo que yo mismo, que creía haberle inventado? De la realidad de este san Manuel Bueno, mártir, tal como me la ha revelado su discípula e hija espiritual Ángela Carballino, de esta realidad no se me ocurre dudar. Creo en ella más que creía el mismo santo; creo en ella más que creo en mi propia realidad.

Y ahora, antes de cerrar este epílogo, quiero recordarte, lector paciente, el versillo noveno de la Epístola del olvidado apóstol San Judas —¡lo que hace un nombre!—, donde se nos dice cómo mi celestial patrono, san Miguel Arcángel —Miguel quiere decir «¿Quién como Dios?», y arcángel, archimensajero—, disputó con el diablo —diablo quiere decir acusador, fiscal— por el cuerpo de Moisés y no toleró que se lo llevase en juicio de maldición, sino que le dijo al diablo: «El Señor te reprenda». Y el que quiera entender que entienda.

Quiero también, ya que Ángela Carballino mezcló a su relato sus propios sentimientos, ni sé que otra cosa quepa, comentar yo aquí lo que ella dejó dicho de que si Don Manuel y su discípulo Lázaro hubiesen confesado al pueblo su estado de creencia, este, el pueblo, no les habría entendido. Ni les habría creído, añadido yo. Habrían creído a sus obras y no a sus palabras, porque las palabras no sirven para apoyar las obras, sino que las obras se bastan. Y para un pueblo como el de Valverde de Lucerna no hay más confesión que la conducta. Ni sabe el pueblo qué cosa es fe, ni acaso le importa mucho.

Bien sé que en lo que se cuenta en este relato, si se quiere novelesco —y la novela es la más íntima historia, la más verdadera, por lo que no me explico que haya quien se indigne de que se llame novela al Evangelio, lo que es elevarle, en realidad, sobre un cronicón cualquiera—, bien sé que en lo que se cuenta en este relato no pasa nada; mas espero que sea porque en ello todo se queda, como se quedan los lagos y las montañas y las santas almas sencillas asentadas más allá de la fe y de la desesperación, que en ellos, en los lagos y las montañas, fuera de la historia, en divina novela, se cobijaron.

Salamanca, noviembre de 1930.

Vocabulario útil

1. «El delito mayor del hombre es haber nacido»: cita de *La vida es sueño*, obra maestra del teatro clásico español de Pedro Calderón de la Barca (siglo XVII).
2. «Hágase tu voluntad...amén»: fragmentos del Padrenuestro.
3. ¡Teta y gloria!: apenas nacido y al cielo.
4. A lo hecho, pecho: expresión que muestra o recomienda decisión para, una vez que se ha hecho algo desacertado, afrontar las consecuencias y sacar el mejor partido posible.
5. Abadía (sus. f.): iglesia o monasterio regido por un abad o abadesa.
6. Acuitarse (v.; arcaísmo): apenarse, preocuparse.
7. Aleccionar (v.): enseñar.
8. Anacoreta (sus. m.): religioso que vive en lugar, apartado, entregado a la oración y la penitencia.
9. Ángelus: toque de campanas que llama los fieles al Ángelus, oración que empieza con las palabras «Ángelus Dómini», que se reza tres veces al día.
10. Anudar (v.): unir.
11. Apenas sí: apenas.
12. Arrimar(se) (v.): acercar(se)
13. Arrogarse (v.): adjudicarse; atribuirse la cosa de que se trata sin más razón que la propia voluntad.

14. Atragantar (v.): obstruir un objeto la garganta.
15. Aventar (v.): echar al viento algo, en este caso, el grano, para que el viento se lleve la parte no deseada.
16. Balbucear (v.): hablar con dificultad, suprimiendo o cambiando letras, como los niños cuando todavía lo hacen imperfectamente.
17. Bertoldo: Poema cómico popular del siglo XVIII, no tenido como muy importante hoy en día desde un punto de vista literario.
18. Boca de jarro (expr.): tratándose de la comunicación, bruscamente y sin preparación.
19. Borbotar (v.): hervir o salir el agua formando borbotones y haciendo ruido; usado aquí figurativamente.
20. Breviario (sus. m.): libro de rezos.
21. Cabrillas (sus. f. pl.): pequeñas olas espumosas que se forman cuando el mar empieza a agitarse.
22. Calzonazos (sus. m.): hombre que se deja dominar, particularmente por su mujer.
23. Carballino: Es importante notar que carballo o carbayo, en el noroeste de la península (Galicia, Asturias) significa 'roble'.
24. Catecismo (sus. m.): compendio o resumen de la doctrina cristiana que se estudia antes de la primera comunión.
25. Catedralicio (adj.): relativo o perteneciente a una catedral.
26. Catequizar: enseñar a alguien el catecismo.
27. Celo (sus. m.): cuidado, diligencia e interés con que alguien hace las cosas que tiene a su cargo.
28. Cisterciense: monjes de la orden del Císter, austera y contemplativa, fundada en 1098, en Francia.
29. Clavellina (sus. f.): planta de claveles de flores sencillas.
30. Comadrerías (sus. f.): el chismeo de las viejas.

31. Curato (sus. m.): cargo de cura párroco.
32. De nación: de herencia, como rasgo de la estirpe o de la familia.
33. Demonio de la guarda: ...en lugar de ángel de la guarda (juego de palabras).
34. Desahuciar (v.): declarar incurablemente enfermo y sin esperanzas de sobrevivir.
35. Desavenido (part. pas.): describe una situación que carece de avenencia (acuerdo, armonía).
36. Desgarrar (v.): romper como si con violencia; lacerar, destrozarse, causar mucha pena.
37. Designio (sus. m.): fin; intención; propósito.
38. Desmedido (adj.): excesivo, exagerado.
39. Diaconisa (sus. f.): mujer dedicada al servicio de la iglesia.
40. Diócesis (sus. f.): territorio a que se extiende la jurisdicción de un obispo o arzobispo.
41. Doctor: título que da la Iglesia a algunos santos notables por su sabiduría, como Santa Teresa, por ejemplo, llamada la Doctora de Ávila.
42. El mocerío y la chiquillería: los jóvenes (conjunto de mozos) y niños (chiquillos).
43. El opio del pueblo: alusión a Karl Marx, Introducción a la filosofía del derecho de Hegel (1884), obra bien conocida en esta época en España y muy leída por Unamuno.
44. Embriagar (v.): emborrachar; (fig.) enajenar, embelesar.
45. Empeñarse (v.): proponerse con obstinación, insistir.
46. Encañada (sus. f.): cañada, pequeño valle o paso entre dos alturas de poca importancia.
47. Enhiesto (adj.): erguido, erecto.
48. Episcopal (adj.): relativo o perteneciente a un obispo.

49. Época de trilla = época de trillar: de triturar la mies (cereal) y hacer que el grano se suelte de las espigas, con el trillo o con una máquina trilladora.
50. Escudriñero (adj.): der. deducible del verbo 'escudriñar': tratar de ver o averiguar los detalles menos manifiestos o las interioridades de una cosa, o la intimidad de alguien; mirar intensamente en un sitio en busca de algo.
51. Espetar (v.): soltar
52. Feligrés (adj. y sus. m.): persona que pertenece a una parroquia.
53. Hacer alarde de (expr.): ostentar.
54. Hipo (sus. m.): anhelo, deseo intenso de algo.
55. Hoz (sus. f.): desfiladero. garganta, paso estrecho entre dos montañas.
56. Huidero (adj.): huidizo (del verbo 'huir'), fugaz.
57. Imperio: influencia fuerte.
58. Imperturbable (adj.): inalterable.
59. Insondable (adj.): relativo a algo que es tan profundo que no hay manera de medirlo.
60. Ir al claustro: meterse monje.
61. La fiesta de San Juan, el 24 de junio, se asocia con el solsticio vernal, que cae el 21 de junio, que es efectivamente el día más largo (y la noche más breve) del año.
62. La sagrada forma: la hostia, hoja redonda y delgada de pan ácimo que se da a los fieles en la comunión.
63. Laña (sus. f.): grapa; pequeña pieza de alambre fino con que se sujetan los trozos de un cacharro de barro o porcelana roto.
64. Letanía (sus. f.): rezo que consiste en una serie de invocaciones o alabanzas a la Virgen, que se dice después del Rosario.

65. Marisabidilla (sus. f.): mujer de poca cultura, pedante o redicha, que habla con presunción.
66. Medrar (v.): crecer; prosperar.
67. Medrar (v.): prosperar.
68. Menesteres (sus. m.): obligaciones, quehaceres, tareas.
69. Minar (v.): colocar minas subterráneas; (fig.): debilitar progresivamente el estado de ánimo de alguien.
70. Morriña (sus. f.): melancolía o añoranza.
71. Mozo (sus. m. y adj.): se aplica a los hombres y mujeres jóvenes, especialmente en los pueblos.
72. Nogal (sus. m.): árbol cuyos frutos son las nueces.
73. Ocioso (adj.): inactivo.
74. Párroco (sus. m.): sacerdote encargado de una parroquia.
75. Patán (sus. m.): hombre rústico; hombre ignorante, zafío y grosero.
76. Pavoroso (adj.): que provoca pavor, terror, miedo fuerte.
77. Percatarse (de algo) (v.): darse cuenta (de algo), percibir, captar.
78. Perlesía: parálisis; debilidad de los músculos debida a la mucha edad o a otra causa, acompañada de temblor.
79. Picacho (sus. m.): cima muy aguda de una montaña.
80. Piscina probática (referencia bíblica): estanque que había delante del templo de Salomón en Jerusalén para lavar y purificar las reses destinadas a los sacrificios.
81. Posada (sus. f.): mesón, hospedería, casa en los pueblos, y también en las ciudades, para gente que va de los pueblos, donde se hospedan viajeros o forasteros.
82. Prodigar (v.): dar (o usar aquí) con prodigalidad o dar mucho de algo.
83. Raza (sus. f.): rayo de luz.
84. Recatar (v.): encubrir, ocultar.

85. Redactar (v.): dar forma por escrito a la expresión de una cosa.
86. Reliquia (sus. f.): resto de algo que ha desaparecido, particularmente, de algún santo o de cosas que han estado en contacto con él.
87. Remansarse (v.): formar un remanso (lugar de una corriente, por ejemplo de la de un río, donde se hace más lenta o donde el agua queda quieta o casi quieta).
88. Remendar (v.): arreglar o reparar un objeto roto.
89. Reo (sus. m.): persona acusada de un delito, que está siendo juzgada por un juez o tribunal de justicia.
90. Res (sus. f.): animal de cualquiera de las especies domésticas de ganado lanar, cabrío o vacuno.
91. Resabio (sus. m.): sabor desagradable que queda después de tomar una cosa..
92. Rescoldo (sus. m.): fuego de brasa que se conserva bajo la ceniza.
93. Retazo (sus. m.): retal, trozo de tela pequeño.
94. Revoltijo (sus. m.): conjunto de muchas cosas revueltas.
95. Risotada (sus. f.): carcajada, golpe de risa ruidosa.
96. Rizar (v.): formar ondas en el agua el viento, la caída de algo.
97. Rocío (sus. m.): gotitas de agua condensada que se encuentran en las plantas a primera hora de la mañana.
98. Rondar: recorrer los puestos de vigilancia de una plaza fuerte o un campamento para inspeccionarlos.
99. Sacerdocio (sus. m.): oficio o vocación de sacerdote (cura).
100. Semana de Pasión: La Semana de Pasión suele entenderse como Semana Santa, la semana en que Jesucristo fue juzgado, condenado y crucificado.
101. Sima (sus. f.): cavidad o grieta muy profunda en la tierra.

102. Sobrehoz (sus. f.): la cubierta o superficie de algo.
103. Titiritero (sus. m.): persona que mueve fantoches (muñecos usado para representar pequeñas obras de teatro).
104. Toca (sus. f.): prenda usada por las mujeres para cubrirse la cabeza.
105. Torrentera (sus. f.): se refiere al cauce de. torrente o a. torrente mismo; torrente: Corriente impetuosa de agua que se forma accidentalmente a consecuencia de lluvias o deshielos, o que subsiste normalmente en un terreno montañoso.
106. Transfigurar(se) (v.): transformar(se) completamente.
107. Vahído (sus. m.): pérdida momentánea del conocimiento o equilibrio, desvanecimiento.
108. Villaverde de Lucerna: Unamuno evoca así Villaverde de Lucerna, legendaria aldea sumergida en el lago de San Martín de Castañeda, en la provincia de Zamora.
109. Zafio (adj.): grosero o tosco en sus modales o falto de tacto en su comportamiento.
110. Zagala (sus. f.): pastora joven, en este caso, que cuida cabras ('cabrera').

